
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO
El PLANETA ERRANTE
Karel Sterling


KAREL STERLING
EL PLANETA ERRANTE
EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA
Colección
LUCHADORES
DEL ESPACIO

Personajes principales

Tecumseh Carson.- Joven norteamericano, fugitivo de la justicia terrestre.

Aida Wallace.- Enigmática y hermosa mujer, tripulante voluntaria de la astronave «Levania».

Jake Ley.- Pintoresco individuo miembro de la misma tripulación.

H. L. Gustimberg.- Prestigioso médico del planeta Karlah.

Kurt Kurlan.- Siniestro representante del GRAN REINO DEL SOL X-88.

McLean.- Abogado defensor de Tecumseh Carson.

Warner. -Fiscal.

PRINTED IN SPAIN

DEPOSITO LEGAL. V. 802 - 1958.

EDITORIAL VALENCIANA - VALENCIA



CAPÍTULO I

Kurt Gassman, director del Centro Astronómico de Massachusetts, se levantó para recibir a su visitante. Éste era un hombre sumamente delgado y pequeño, de facciones tan arrugadas que era imposible precisar si tenía treinta o cincuenta años. La viveza de su mirada revelaba una inteligencia poco común unida a un temperamento nervioso. Vestía un descuidado sobretodo gris y llevaba sus manos enfundadas en unos guantes de amarillo chillón.

-Celebro conocerle, Gassman -saludó quitándose uno de los guantes para estrecharle la mano-. Supongo que sabrá quién soy.

-He leído su tarjeta -respondió cortésmente Kurt-; Sergio Copland, del Observatorio de Toronto. Tome asiento, por favor.

Sergio Copland se desabrochó el sobretodo y ocupó la silla que le indicara Gassman.

-Perdóneme que le haga perder parte de su precioso tiempo -se excusó esbozando una tímida sonrisa-. He descubierto algo que tal vez le pueda

interesar. Usted es el astrónomo más reputado de los Estados Unidos, el único que quizá fuera capaz de descifrar el asombroso enigma que me tiene perplejo durante cerca de dos semanas.

Las pupilas de Gassman se empequeñecieron al tiempo que se inclinaba hacia adelante para escrutar más fijamente a su visitante.

-Soy uno de tantos astrónomos -replicó con modestia-. Pero, dígame: ¿de qué enigma me está hablando?

-Se lo diré en pocas palabras. El Observatorio de Toronto, el cual tengo el honor de dirigir, ha captado la aparición o el nacimiento de un extraordinario cuerpo celeste...

-Cuya luz tiene una coloración verde -atajó Gassman sonriente.

Copland enarcó las cejas un tanto sorprendido.

-¿Lo han visto ustedes? -inquirió.

Su interlocutor negó con la cabeza.

-Acabo de leer varios informes recibidos de diversos países, referentes al asunto que usted me acaba de exponer. Si le digo la verdad, no he hecho más que hojearlos muy de pasada pues pensaba someterlos al estudio de la Comisión Planetaria. Actualmente, mi atención está monopolizada por las observaciones del satélite norteamericano «Alfa». No obstante, tendré sumo gusto en escuchar las conclusiones obtenidas por usted y transmitirlas a mis colegas del Planetario.

El rostro de Copland reflejaba el asombro.

-¡Pero es posible que haya pasado usted por alto un hecho de tan formidable envergadura! -exclamó- ¡Si no existe en el Universo un cuerpo celeste que se le asemeje en nada a Titán II!

-¿De modo que ya lo han bautizado?

-Esta denominación está basada en una coincidencia de fechas. Titán, el satélite de Saturno, fue descubierto trescientos cincuenta años justos antes que Titán II. Pero el nombre es lo de menos, señor Gassman. Hay otras circunstancias que exigen una movilización general de todos los astrónomos terrestres.

-Su luz verde, por ejemplo.

-Tampoco eso interesa demasiado -Copland acercó su silla a la mesa escritorio-. La trayectoria en que se mueve es lo más desconcertante. Titán II no es un planeta porque, aun cuando carece de luz propia y su luminosidad

verde es reflejada por el Sol, no se desplaza en elipse como los que integran nuestro sistema. Tampoco es un cometa, por la misma razón de su trayectoria, por su escasa velocidad y por sus considerables dimensiones; igualmente, no puede ser un sol puesto que encaja dentro de nuestro aludido sistema y no brilla por sí mismo. Absurda sería la hipótesis de que fuera un meteorito...

En la mirada de Gassman se leía una creciente curiosidad.

-¿Qué es entonces? -preguntó.

Copland se encogió de hombros con uno de sus rápidos y nerviosos movimientos.

-Para calificarlo exactamente hay que decir que Titán II es un cuerpo errante que varía de trayectoria caprichosamente, acercándose y alejándose, subiendo y bajando, ora presentándose entre las estrellas de la constelación de Cáncer, ora apareciendo en Andrómeda. La segunda noche en que lo observé se introdujo entre las órbitas de Marte y Júpiter. Al cabo de dos horas de contemplarlo saltó hasta situarse detrás de Urano. Luego se esfumó por las proximidades del Carro Mayor. Durante la noche siguiente permaneció completamente fijo entre Bellatrix y Betelgeuse, en la constelación de Orión. Y así hasta ahora, cambiando de sitio constantemente. En cuanto a la velocidad de sus desplazamientos, dejé por imposibles los cálculos. No existe en la Tierra un cerebro electrónico capaz de efectuar tales mediciones. Se lo digo de verdad mi querido colega: Titán II es un auténtico diablo de los espacios siderales. Nos volverá locos a todos.

Gassman se reclinó en el asiento y sacó un paquete de cigarrillos que ofreció a Copland. Después encendió uno para sí.

-No he leído nada de eso en los informes llegados a mí -declaró con acento grave-. Debo, pues, fiarme del relato de usted. Sin embargo, me siento algo escéptico acerca de todas esas anormalidades del astro en cuestión.

-¿Insinúa que miento? -la arrugada faz de Copland palideció.

-Insinúo que puede usted estar equivocado. Las leyes de Kepler son inmutables y se ajustan a todos los cuerpos que componen el Universo. Las trayectorias y velocidades se rigen por las atracciones gravitatorias. ¿Cómo puede Titán II obrar a su capricho? ¿Cómo es posible que se desplace, en el término de unas horas, de un punto de nuestro sistema solar a la constelación de Orión? Ni viéndolo con mis propios ojos podría creerlo. Repase con tiempo sus observaciones y compárelas con las de otros astrónomos. Si,

efectivamente, es una estrella «nova» procederemos a catalogarla.

Copland no hizo nada por disimular su indignación.

-¡Jamás habría creído que usted, Kurt Gassman, tomase tan a la ligera el descubrimiento de un astro sensacional! -exclamó-. ¡Y, además, me ha tachado de embustero! ¡Aquí le traigo fotografías que demuestran lo que afirmo! Dígame ahora que son falsas y...

-¿Y qué? -Gassman, perplejo, le incitó a completar la frase.

-Y, posiblemente, le costará su cargo. Por mucha importancia que tengan las observaciones del satélite «Alfa», no es nada comparado con la trascendencia que puede revestir para los terrestres la aparición de Titán II.

Un poco impresionado por las exaltadas afirmaciones de Copland, Kurt Gassman se decidió a examinar las fotografías. Por espacio de unos minutos fue mirándolas a través de una lente de gran aumento. Su expresión, de fijo impasible, adquirió un ligero matiz de curiosidad.

Cuando hubo terminado se las devolvió a Copland y encendió otro cigarrillo.

-Excelente trabajo, Copland -alabó sin rodeos-. ¿Qué más datos ha obtenido de Titán II? Me refiero a su densidad, volumen, temperaturas y composición.

-Su forma es esférica y tiene un diámetro de unos siete mil kilómetros, como Marte aproximadamente; por el contrario, su masa un poco mayor que la de la Tierra. Las temperaturas oscilan entre quince grados bajo cero y los sesenta sobre cero, escasa variación teniendo en cuenta que cada vez Titán está en un sitio y bajo los efectos de distintos soles. Este curioso fenómeno quizá tenga su explicación en la atmósfera que lo rodea, una atmósfera que posiblemente actuará de aislante. En cuanto a su composición, he logrado obtener un análisis espectral con más de 25.000 rayas de Fraunhofer que demuestran la existencia en Titán II de hierro, níquel, sodio, hidrógeno, calcio, helio, carbono, platino y, sobre todo, cobre. La extraordinaria abundancia de este último metal le da la coloración verde a la luz que refleja del Sol...

-¡Un momento! -interrumpió Gassman-. Si Titán II carece de luz propia, ¿cómo es que brilla cuando se halla fuera de nuestro sistema planetario?

Copland sonrió sardónico.

-Otro de sus enigmas -replicó escuetamente.

Los dos hombres se mantuvieron en silencio durante unos instantes, escrutándose atentamente como si cada uno quisiera penetrar en los pensamientos del otro.

-Bien -dijo al fin Gassman-; ¿y qué es lo que desea de mí?

-Principalmente, que encabece una labor de equipo para el estudio a fondo de ese astro. Tengo el presentimiento de que un día, no muy lejano, las investigaciones pueden resultamos de gran utilidad.

-¿En qué sentido?

Copland escogió una de las fotografías y la mostró a su interlocutor.

-La noche del 26 de abril, Titán II se situó a una distancia de diez mil kilómetros de Bellatrix. Véalo con sus propios ojos. Una distancia insignificante que pone de manifiesto la inmunidad del astro a los efectos de la atracción gravitatoria.

El imperturbable Gassman dejó escapar una exclamación de asombro.

-¡Es completamente cierto! Pero no puede ser... Esta distancia es engañosa, inverosímil. Titán II debería haberse despedazado en virtud de la tremenda acción calorífera de Bellatrix... o haber sido absorbido por la atracción de este sol de Orión. Aquí hay algo que resulta inexplicable.

-Dejemos las explicaciones para otra ocasión -manifestó Copland satisfecho de haber excitado de tal modo la atención del competente astrónomo-. Supongamos ahora, que es a donde yo quería ir, que el día menos pensado Titán II se sitúa a esa distancia de la Tierra; a diez mil kilómetros, por ejemplo. ¿Se da cuenta de las fantásticas repercusiones que ello tendría para nosotros?

-Repercusiones fascinadoras -asintió Gassman-. Se podría organizar una expedición a ese planeta, cometa o lo que sea...

-¡Exactamente! -exclamó Copland casi gritando-. ¡Sí, señor! Una expedición compuesta de diez, cincuenta o cien aviones. Por vez primera en la historia de la Tierra, el hombre podría salir de sus confines. Siguiendo en nuestras especulaciones, cabría la posibilidad de que Titán II esté habitado. En mis largas noches de observación he llegado a imaginar, mi querido colega, que ese mundo caprichoso e insensible a todas las leyes del Universo, puede contener una civilización tan adelantada que haga posible el milagro de dominar el curso de su trayectoria por los espacios siderales.

Gassman sonrió.

-¿No es ir demasiado lejos, Copland? -objetó amistosamente.

-Tal vez. Sin embargo, la imaginación nunca ha superado a la realidad; lo único que ha conseguido es adelantarse en algunas ocasiones. Vea lo que sucede con los inventos: ¿queda algo por inventar de lo que Julio Verne creó en sus novelas? ¡Absolutamente nada! Lo único que restaba era la realización de un viaje a la Luna, y hoy en día ya se está trabajando en la construcción de una nave interplanetaria.

-Estoy de acuerdo con usted en lo tocante a eso. Pero, ¿llegará Titán II a colocarse a diez mil kilómetros de la Tierra? ¿Lo veremos nosotros?

-¡Qué importa que no ocurra hoy, ni mañana, ni dentro de un siglo! La Humanidad debe prepararse para cuando llegue el día.

- * *

El día vaticinado por Sergio Copland tenía la fecha de 15 de octubre de 1959, o sea, que transcurrió año y medio desde que se celebrara su primera entrevista con Kurt Gassman.

La noche de aquel día fue memorable para todos los astrónomos. Aquel puntito verde que se observara en las inmediaciones de la Estrella Polar fue agrandándose más y más hasta convertirse en una esfera de tamaño infinitamente superior a la Luna que quedó flotando a la distancia calculada de cincuenta y seis mil kilómetros de la Tierra. Un salto a través del espacio de tan prodigiosa magnitud que rebasaba todo lo concebible.

Cierto que los terrestres de todas las latitudes experimentaron el temor de que ocurriera una catástrofe, pero no fue un temor incontrolable ni sujeto a reacciones histéricas. Por las observaciones de los astrónomos se sabía que Titán II poseía la fantástica facultad de esquivar los choques con otros astros y que, asimismo, no le afectaban lo más mínimo las repulsiones y atracciones gravitatorias. Por lo tanto, lo más probable es que el misterioso astro desapareciera con idéntica facilidad que había aparecido.

Y fue entonces cuando los científicos norteamericanos decidieron utilizar la astronave recién salida de los talleres de White Sand. La ocasión no podía ser mejor. Sólo hacían falta tres suicidas para tripularla; tres suicidas que quizá hallaran la muerte en las inmediaciones de Perseo o Andrómeda.

CAPÍTULO II

Ya deberían estar aquí -repitió por enésima vez Bernard Aubert, presidente del Departamento Astronáutico-. ¡Quisiera saber qué diablos están haciendo!

-Falta un minuto para la hora fijada -observó Maurice Sauvage, su ayudante-. Los militares siempre han sido gente puntual. No desesperemos aún.

Nervioso e impaciente, Bernard se acercó a la ventana del despacho. A través del grueso cristal irrompible contempló la enorme y grisácea esfera que flotaba en el espacio a tan corta distancia que parecía ocupar todo el firmamento.

-No tengas prisa, Titán -murmuró entre dientes-. Quédate ahí unas cuantas horas hasta que podamos enviarte nuestra embajada de paz -y volviéndose hacia su ayudante agregó-: Tiene gracia que para reunir tres hombres hayamos de recurrir a tanto formulismo. Digo yo si allá en Titán no se estarán riendo de nosotros y de los estúpidos problemas creados por la civilización terrestre.

-Tenga presente, Aubert, que los astrónomos han emitido informes negativos sobre la habitabilidad de Titán. Hasta ahora no se han apreciado signos visibles de vida.

-¡Al cuerno con los astrónomos! -apostrofó Bernard Aubert-. Lo único que nos interesa es...

La llamada del timbre de la puerta interrumpió la airada frase de Bernard. Éste mismo acudió a abrir. Su expresión reflejó el alivio al ver el grupo de tres hombres maduros y bien trajeados que se presentaron respectivamente como los representantes de los tres ejércitos estadounidenses.

Cambiados los saludos de rigor y las frases protocolarias, los congregados tomaron asiento en derredor de la gran mesa de sesiones. Bernard Aubert fue directamente al asunto.

-Comenzaré diciéndoles que no creo necesario repetir el contenido del escrito que me permití dirigir por separado a sus máximas jerarquías. Ustedes saben de lo que se trata y conocen también cuáles son las lógicas pretensiones del Departamento Astronáutico. Hemos recurrido a ustedes para que nos faciliten a tres hombres capaces y con perfectas condiciones físicas para tripular la astronave que debe ir a Titán II. Es al Ejército a quien le toca

designarlos. El Departamento financiará la expedición y asumirá las responsabilidades. Hay un presupuesto de un millón de dólares destinado a indemnizar a los parientes más próximos de la tripulación... puesto que sabemos que ésta no regresará probablemente a la Tierra. Ustedes tienen la última palabra.

Elmer Fuchs, capitán de navío, se levantó.

-Lamento informarle que la Marina no puede acceder a su petición -explicó rotundamente-. El asunto está fuera de nuestra jurisdicción; éticamente no nos es posible enviar a la muerte a uno de nuestros hombres. Si se tratara de un caso bélico, el señor almirante pondría de su parte todos los medios para complacerle. Pero tratándose de una misión extraterrestre, entiende que corresponde a otros asumirla. No tengo nada más que agregar, señor Aubert.

Una expresión, mezcla de cólera y decepción, se pintó en el rostro de Bernard.

-Encuentro francamente inadmisible su respuesta, señor Fuchs -replicó-. Ustedes tienen a su cargo una sección destinada a investigaciones astronáuticas, llevan lanzados varios proyectiles «Vanguard» y alardean de que sus hombres serán los primeros en poner los pies en la Luna, anticipándose a los esfuerzos del Ejército de Tierra. ¿Para qué todo eso? ¿Para volverse atrás cuando verdaderamente necesitamos de su colaboración? ¿No hay en toda la Marina un solo hombre dispuesto a sacrificar su vida por la ciencia?

Fuchs no se inmutó ante la enconada censura.

-Vuelvo a repetirle que lo lamentamos profundamente -dijo-. No obstante, me apresuraré a exponer sus quejas al alto mando.

Dicho esto se sentó. A continuación se dispuso a intervenir David Locked, comandante auditor del Ejército de Tierra.

-Yo también lo lamento, señor Aubert -comenzó-. Naturalmente, no existen antecedentes jurídicos que nos sirvan de base para la resolución del caso que nos ocupa; por ello debemos atenemos exclusivamente a los principios éticos y humanitarios. Y, como acertadamente ha dicho el señor Fuchs, en ética no se puede aceptar la idea de enviar a un hombre a la muerte, cuando no se ha demostrado que la presencia del planeta Titán constituye un motivo de amenaza o peligro para nadie.

Las pupilas de Bernard centellearon.

-¿Quiere decir que la ciencia no se merece tan insignificante sacrificio? -interrogó ásperamente-. ¿Supone que no llegará el día en que sea necesario enviar hombres más allá de la atmósfera terrestre? No me haga reír, comandante. Desde los tiempos más remotos, los experimentos científicos de toda índole han requerido renunciaciones más dolorosas que la que yo le pido. En la paz y en la guerra siempre ha habido hombres valerosos dispuestos a servir al ideal común. ¿Por qué no han probado a pedir voluntarios?

-Sencillamente porque el alto mando no lo ha considerado imprescindible -replicó David Locked-. Y, por mi parte, creo inútil toda discusión al respecto. A menos que el propio presidente nos lo exija, ninguno de nuestros hombres integrará esa absurda expedición.

Bernard apretó los puños dominado por una rabia impotente. Su mirada se clavó en Nayland Peters, coronel de las Fuerzas Aéreas.

-Usted me va a decir lo mismo, ¿no es cierto? -interrogó.

-Lo ha adivinado. Y puesto que me ha ahorrado el penoso deber de comunicárselo, voy a limitarme a hacerle una pregunta -Nayland Peters sonrió irónico-: ¿Usted, por su parte, no ha conseguido reclutar a nadie? A individuos que se mueven en los medios astronáuticos, me refiero.

Por un instante, Bernard pareció desconcertado. Su faz palideció visiblemente.

-Recurrí a ustedes porque fracasé en otros terrenos -contestó-. Esa es la dura y amarga realidad.

Nayland Peters acentuó su sonrisa.

-¿Y por qué no se alista usted y ya solamente le faltarán dos individuos? Quizá su ejemplo cundiese.

Las mejillas de Bernard se colorearon.

-Tengo mujer e hijos -se excusó-. Y dependen de mí.

-Dijo usted antes que había un millón de dólares para indemnizar a los parientes -insistió el coronel.

Bernard titubeó antes de volver a hablar.

-Yo mismo me reconozco que no tendría valor -confesó al cabo de unos segundos-. Pero el que yo sea un egoísta y un cobarde no significa que lo sean los demás. Hay quien se juega la vida por el capricho de demostrar su habilidad en dar un doble salto mortal en el alambre.

-Lo que ocurre, señor Bernard -concluyó Nayland Peters-, es que el planeta Titán estará mañana tan lejos que escapará posiblemente del alcance de los telescopios. En esas condiciones, tanto da ir allí como arrojarse a la calle desde un octavo piso: el resultado es el mismo. Por el contrario, el día que el hombre esté capacitado para ir a la Luna o a Marte, sabrá también que, a menos que ocurra un fallo técnico, su vuelta estará asegurada. Ese día, usted mismo iría y posaría sonriente ante los fotógrafos antes de la partida. Lo que tiene que hacer ahora, señor Bernard, es quitarse de la cabeza esa absurda idea... o buscar tres suicidas.

- * *

Los hombres que regían el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, jamás pudieron imaginar que aquel pequeño trozo de White Sand cedido al Planetario para la construcción de la astronave «Levania» pudiera un día convertirse en el lugar más popular del orbe. Contribuyó aún más al sensacionalismo de la empresa el curioso hecho de que todos los gastos habían corrido a cargo de capitales privados. La construcción de la astronave «Levania» fue una especie de desafío al Gobierno, un alarde del esfuerzo particular en aras de ganar la carrera a los equipos científicos oficiales.

No faltaron comentarios malintencionados acerca de la negativa de los Ejércitos a la colaboración solicitada por Bernard Aubert. Hubo quien incluso afirmó que el Gobierno no autorizaría la realización del primer viaje interplanetario.

En medio de este ambiente de expectación, Bernard Aubert veía transcurrir las horas sin vislumbrar la solución a su tremendo problema. Rodeado de sus colaboradores, desesperado y dando rienda suelta a su nerviosismo, Aubert era la estampa clásica del hombre derrotado.

A voz en grito clamaba no ya por tres voluntarios sino por uno sólo. En nombre de los patrocinadores de la empresa había aumentado la recompensa en tres millones de dólares más. Derroche vano de energías. Todo el mundo sentía curiosidad por saber quiénes serían los osados que asumieran la responsabilidad de la misión; pero ningún hombre salía a las antenas de la radio pregonando la audacia máxima del siglo veinte.

Después de celebrada su entrevista con los tres dignatarios oficiales. Aubert había regresado inmediatamente a White Sand. Su conducta hizo que el equipo de técnicos y colaboradores temiera por un ataque de locura. Aubert

consumía su frenética impaciencia en las idas y venidas a la astronave y los talleres respectivamente. De vez en cuando prorrumpía en maldiciones señalando a Titán II, que se mantenía majestuosamente inmóvil en lo alto del estrellado firmamento.

El enigmático planeta había hecho su repentina aparición once horas antes. Su peculiar luz verdosa permitía distinguir con perfecta claridad el irregular trazado de los mares y continentes. La observación de aquel astro, cuyo diámetro aparente era doce veces mayor que el de la Luna, constituía un espectáculo fascinador. Y lo más intrigante de Titán II era que nadie podía predecir cuándo daría otro de sus fantásticos saltos hacia las inmensidades del espacio sideral. Los astrónomos se reservaban cautelosamente las opiniones y guardaban un silencio impenetrable cuando se les interrogaba sobre la inmutabilidad de las leyes de Kepler.

La sola presencia de Titán II era una burla sobre todo lo escrito en cuestiones astronómicas.

Por fin Bernard Aubert fue favorecido por el soplo de la inspiración. Sin decir una palabra a nadie subió a su automóvil y en menos de una hora se plantó en la ciudad de El Paso.

-Deseo poner un anuncio urgente en la radio -explicó al director de la principal emisora-. Pagaré a cien dólares la palabra si es necesario. Éste es el texto: léalo.

Un tanto perplejo, el director accedió. Otra hora más tarde, Aubert se encontraba de regreso en White Sand.

-¿No ha venido nadie? -preguntó a Maurice Sauvage, su ayudante.

-Sólo un borracho diciendo tonterías. Quería verle a usted...

-¿Dónde está? -las pupilas de Aubert brillaron excitadas.

-Por ahí debe andar; no ha querido marcharse.

-¡Tráigamelo inmediatamente! No se quede ahí parado, ¡búsquelo!

Tras dirigirle una mirada desconfiada. Sauvage marchó a cumplir la orden. Al cabo de unos instantes reapareció acompañado de un hombre de mediana edad, bien trajeado y aspecto juerguista. Eran evidentes sus esfuerzos por parecer sereno. Sin embargo, sus piernas le sostenían difícilmente.

-He oído su anuncio... ¡hip!... Yo... yo soy el hombre valiente que usted necesita... Cuando... ¡hip!... cuando le oí me dije: «anda Jake, demuestra a tus amigos que sirves para algo más... para algo más que para armar

escándalos...» Dígame, amigo: ¿cuándo..., cuándo volveremos? El jueves tengo que estar... ¡hip!... ¿dónde dije que tenía que estar el jueves? ¡Ah, sí!... Bueno, no me acuerdo... Quiero que me presente a los otros tipos de la pandilla... Oiga, ahora que recuerdo... ¿dónde he visto su horrible cara?... ¡hip!...

Aubert le dio unas cuantas palmadas amistosas en el hombro.

-Dígame su nombre, mi querido amigo -le pidió acompañándole hasta una mesa de su despacho donde dos hombres conversaban a falta de trabajo-. A usted le cabe el honor de encabezar la lista de los héroes del espacio. Además voy a firmarle un pagaré de un millón de dólares. ¿Cómo se llama usted?

-Jake... Jake Ley para servirle -el beodo hizo una profunda reverencia-. ¿Dónde están los otros tipos?

-No se preocupe, Jake; ya los conocerá dentro de un momento. ¿Qué pongo en su hoja de filiación? ¿Soltero o casado?

Jake soltó una risotada.

-¡Siempre soltero! -replicó-. No... no tengo a nadie... ¡hip!... en el mundo. Si esa freidora super... supersónica que usted ha fabricado no sabe volver... ¡hip!... nadie me echará de menos.

-La freidora supersónica volverá, amigo Jake -le tranquilizó Aubert haciendo un signo a sus empleados para que tomasen nota de los datos-. ¿En qué trabaja usted?

-¿Trabajar? -Jake abrió los ojos desmesuradamente-. Escuche, amigo: ¿y eso qué es?

Aubert no le contestó. Cogió las dos hojas mecanografiadas que le tendían sus empleados e invitó a Jake a que las firmara. El jovial juerguista no se hizo de rogar.

Después, Aubert le entregó un pagaré debidamente cumplimentado.

-Ahora vaya a ocupar su sitio en la astronave -le dijo-. Mis hombres le acompañarán. Dentro de poco volveremos a vemos, Jake. Le deseo mucha suerte.

Jake se empeñó en abrazar a Aubert y después salió del despacho convenientemente ayudado por dos robustos individuos.

-No me gusta nada lo que ha hecho, señor Aubert -recriminó Sauvage-. Ese pobre diablo obra inconscientemente.

Aubert se mordió los labios.

-Lo sé, Sauvage -contestó sombrío-. Acabo de hacer una canallada, y pagaré por ella si es necesario. Si algo me consuela es que Jake Ley no tiene familia...

Aubert se interrumpió al oír a sus espaldas una voz femenina que preguntaba por él. Al volverse contempló atónito a una joven hermosísima y elegantemente trajeada. Su expresión era altanera y seria, lo que hacía pensar en la maravilla que sería aquel rostro cuando sonriera.

-¿Es usted el director del Planetario? -inquirió con un tono de indiferencia en su voz.

-Sí. ¿Qué desea?

-Hace un momento oí su anuncio por la radio -explicó-. Quiero ir a Titán II.

Aubert y el personal que había en el despacho quedaron boquiabiertos. Aquello era lo último que hubieran podido imaginar. ¡Una mujer en la expedición!

La joven sacó a Aubert de su mutismo.

-¿Por qué le extraña? -preguntó-. En el anuncio no se hacía distinción de sexos.

-Verá usted, señorita...

-Aida Wallace -presentóse ella.

-Verá usted, señorita Wallace; no sé si sabrá usted que éste será seguramente un viaje sin retorno. Desde luego, no importa que sea usted una mujer para ir a Titán, pero no sé si debo aceptar su ofrecimiento.

-Soy mayor de edad, completamente independiente y sé lo que hago -contestó Aida con su característica frialdad-. Inscríbame, por favor.

-Como usted quiera -Aubert se encogió de hombros e hizo una seña a sus hombres para que registraran la inscripción-. ¿Le importaría decirme los motivos que la han impulsado a venir?

-Son de mi exclusiva incumbencia. Sólo una cosa quiero decirle: no deseo ningún dinero. Mi parte puede distribuirla entre los demás miembros de la expedición.

Aubert omitió decirle que hasta el momento sólo había dos viajeros, incluida ella.

Rápidamente se efectuaron los trámites, y acto seguido, Aida Wallace

fue escoltada hasta la astronave «Levania».

-Ya tenemos dos -dijo Aubert con acento de alivio-. Si viniera pronto el tercero...

Sauvage encendió un cigarrillo y escrutó fijamente a su jefe.

-Es curioso lo de esa chica, ¿no le parece?

-Un fracaso sentimental; en lugar de suicidarse, Aida Wallace prefiere ser de utilidad a sus semejantes. Lo que no me gustó fue su actitud de perdonavidas. ¿Se fijó usted en cómo nos miraba?

-Querrá decir en «cómo nos despreciaba» -rectificó el ayudante-. Por mi parte, debo confesar que jamás he sentido tanta vergüenza como hace unos momentos.

Aubert enrojeció.

-Puede que tenga razón.

La puerta del despacho se abrió de golpe para dar paso a un individuo joven, imagen viva de la excitación. Irrumpió despeinado, sudoroso y jadeante.

-¡Escóndanme, por favor! -suplicó impulsivamente-. ¡La policía viene detrás de mí! ¡Quieren detenerme por asesinato!

Las facciones de Aubert se endurecieron.

-A mal sitio ha venido, amigo -dijo-. ¿Por qué tenemos que encubrir su delito?

-¡Pero si yo no he asesinado a nadie! -protestó el joven con acento angustiado-. ¡Se trata de un terrible error! ¡Protéjanme, por Dios! No tengo defensa humana posible, me llevarán a la silla eléctrica si me cogen. He pensado... he pensado que quizá me dejaran ir a Titán.

Aubert reflexionó unos instantes. Albergaba la profunda convicción de que aquel hombre era inocente. Le bastó para ello ver su rostro noble y varonil, la limpia mirada de sus ojos y su expresión angustiada y no arrepentida. Podía servirle, desde luego.

-¿La policía sabe que ha venido aquí? -le preguntó.

-Abandoné mi automóvil en la carretera y me escabullí entre los árboles, pero supongo que no tardarán en averiguarlo. Deben estar a punto de llegar.

Aubert le señaló un gran biombo de madera situado a la izquierda de la mesa.

-Escóndase ahí detrás -dijo sonriéndole-. Dígame primero cuál es su nombre.

-Tecumseh Carson. Creo que le serviré para sus planes; soy piloto experimental de la «Aircraft Company».

-Escóndase -repitió Aubert al sentir voces en el exterior.

Tecumseh Carson no se había equivocado al presumir que la policía averiguaría su escondite. Dos hombres de paisano entraron en el despacho.

-Teniente Guillmoiss, de la Metropolitana -se presentó uno de ellos a Aubert-. Buscamos a un hombre llamado Tecumseh Carson. ¿Le han visto por aquí?

Aubert compuso un gesto de sorpresa.

-No sé a qué se refiere, teniente. Espere... puede que sea un hombre que vino hace un rato para alistarse en la tripulación de mi astronave. ¿Quiere acompañarles, Sauvage?

-Gracias, señor Aubert -contestó el teniente-. Se trata de un individuo peligroso. Está acusado de asesinato sobre la persona de su ex prometida.

-¡Vaya por Dios! -Aubert fingió una expresión de contrariedad-. Sería mala suerte que se llevaran ustedes al único hombre que se ha presentado a mi llamada.

-Lo veremos en seguida.

Sauvage acompañó a los dos policías.

-No salga todavía, Carson -aconsejó Aubert-. Sus amigos volverán dentro de un momento.

Se oyó la voz de Carson dando emocionadas gracias.

Los dos policías regresaron al cabo de unos minutos.

-No es él -declaró el teniente Guillmoiss-. Hemos registrado también toda el área de experimentación. Sentimos haberle molestado, señor Aubert.

-No se preocupe, teniente -contestó Aubert-. No ha sido ninguna molestia para nosotros.

Después de marcharse los policías, Tecumseh Carson salió de detrás del biombo. En sus facciones se reflejaban todavía las huellas del temor.

-Le doy mi palabra de honor de que no soy un asesino -dijo-. Sin embargo, es difícil que pudiera demostrarlo. Por eso he preferido entregarme a usted. Sé que voy a morir de todas formas, pero si por casualidad me salvara, tal vez consiguiera el perdón. Usted me ayudaría, ¿verdad?

-Délo por descontado -prometió Aubert-. Y ahora ya puede ir preparándose. La astronave despegará dentro de cinco minutos.

Carson asintió. De pronto, en su mirada renació la luz del temor.

-¿Es necesario que mis compañeros sepan... que soy un asesino? -preguntó con cierta ansiedad.

-Pero usted dijo antes que no lo era -contestó Aubert irónicamente.

-Oficialmente sí, o por lo menos hasta que no se demuestre lo contrario.

-Tranquilícese -Aubert sonrió-. Yo le creo inocente y, por tanto, sus compañeros no sabrán nada,

CAPÍTULO III

La astronave «Levania» había alcanzado el máximo de su velocidad a los quince segundos justos de despegar. Contrariamente a la creencia general, no se produjo ningún fallo en sus complicados mecanismos y su vertiginoso desplazamiento la hizo perderse pronto de vista en la oscuridad de la noche.

Los tres pasajeros apenas notaron los efectos de la aceleración gradual. Sujetos a tres confortables sillones, y enfrentados a los cuadros de control, permanecían abstraídos en la contemplación de la gigantesca esfera suspendida sobre sus cabezas. Jalee Ley realizaba toda clase de esfuerzos para mantenerse despierto y de vez en cuando murmuraba algo ininteligible.

Tecumseh Carson alargó una mano y asió el micrófono para acercarlo a su boca.

-Sin novedad a bordo -habló sereno-. El cuentakilómetros señala los dos mil seiscientos. Temperatura y estabilidad normales. Espero instrucciones. Corto.

-Tardarán cinco horas en llegar a Titán II -informó Aubert desde la base-. No toque ningún dispositivo hasta que se lo ordenemos por medio de las señales automáticas. El piloto fijo realizará el aterrizaje en el lugar que usted nos indique. Debo decirle que estoy sumamente satisfecho por poder contar con un piloto de su categoría. Su ayuda será valiosísima. ¿Cómo se hallan sus compañeros?

-Jake Ley durmiendo -replicó Tecumseh-. Y en cuanto a la señorita Wallace, parece que está bastante tranquila. Dígame con cuanta frecuencia debo establecer contacto con ustedes. Corto.

-A intervalos aproximados de una hora -replicó Aubert-. Si ocurre algo también deberá informar.

-Una última pregunta, señor Aubert: ¿cuándo debo comenzar a transmitirle los datos verificados en el transcurso del vuelo? Me refiero a las temperaturas del exterior, bombardeo de partículas meteóricas, rayos cósmicos, presiones sanguíneas, alteraciones gravitatorias y todo lo demás.

-No es preciso que lo haga. Todas esas observaciones nos están siendo transmitidas ya por los instrumentos de a bordo. Lo único que deben procurar es no quitarse el brazalete de presiones ni el casco. Hasta luego, Carson.

Tras devolver el micrófono a su posición primitiva. Tecumseh sonrió a Aida.

-¿Cómo se encuentra, señorita Wallace? -le preguntó deseoso de entablar conversación.

La joven apenas se dignó mirarle.

-Bien -fue su escueta respuesta.

-¿No está asustada de lo que pueda venir?

-Ya lo ve que no.

Tecumseh giró la cabeza para examinarla con interés. Era extraña aquella mujer. Aun vestida con el amplio traje espacial su belleza resultaba evidente. Sus ojos eran azules y los mechones de cabello que asomaban por debajo del casco de un rubio casi ceniciento. Lo que más llamaba la atención de su rostro podía decirse que era aquella expresión un tanto altiva y siempre inescrutable. Al mirarla, daba la impresión de que jamás había sonreído, lo que ciertamente no le restaba ningún atractivo, sino que le añadía ese sutil hechizo que proporciona el misterio.

-¿No piensa hablar en todo el viaje? -inquirió Tecumseh insistiendo .en sus tentativas de romper el hielo.

-No lo creo necesario -contestó ella-. ¿Y usted?

-Yo sí. Es lo mejor para distraer los nervios y hacer corta la travesía. Además, tenemos muchos temas de conversación. Por ejemplo, podemos hablar de Titán II, ese planeta enigmático que nos va a proporcionar morada eterna. ¿Sabía usted que su atmósfera es respirable?

Aida se encogió imperceptiblemente de hombros.

-¡Y qué más da que lo sea o no! -replicó con indiferencia.

-No la comprendo, señorita Wallace. ¿No tiene interés en seguir viviendo?

-Si lo tuviera no estaría aquí. Pero dejemos eso, por favor.

Ahora fue Tecumseh quien se encogió de hombros.

-Como guste -dijo. Como quiera que Jake Ley seguía sumido en su profundo dormitar, el joven decidió distraerse por su cuenta.

Manipulando los controles de la radio etérica captó una emisora terrestre. Los alegres compases de un bailable sonaron en el compartimiento.

Tecumseh cerró los ojos y estiró las piernas. No se sentía arrepentido de la decisión tomada. Allá abajo la policía le buscaría inútilmente y, en cambio, en Titán II podría disfrutar de una paz y sosiego no alterados por las pesadillas de siempre. Sería como empezar a vivir nuevamente.

Al cabo de una hora de vuelo, la quebradiza superficie de Titán II ocupaba casi toda el área visual de los pasajeros. Una atmósfera brumosa les envolvía cada vez con más densidad. Tecumseh estableció contacto con la base de White Sand y comunicó las escasas novedades.

Jake Ley se despertó. Su vuelta a la realidad revistió caracteres cómicos. No recordaba en absoluto donde estaba ni cual era su destino. Al decírselo Tecumseh, creyó que estaba siendo víctima de una pesada broma. Sólo la inalterable seriedad de Aida al confirmárselo pareció convencerlo. Pero entonces fue peor, porque estuvo a punto de estallar en una crisis de nervios.

-No sea ridículo, Jake -le censuró Aida-. Cuando un hombre se emborracha debe aceptar las consecuencias sin patalear como un niño. Cálmese y no nos amargue el viaje.

-¡Pero si yo no quiero ir a Titán! -gimió Jake Ley-. ¡Qué va a ser ahora de mi negocio, de mi clientela, qué va a ser de mí!... ¡Esto es espantoso, Dios mío! ¿No podemos hacer algo para regresar? ¡Por favor, se les suplico!...

Tecumseh no pudo disimular su regocijo.

-¿Qué es lo que encuentra espantoso de este viaje? -le preguntó divertido.

-¡Que no volveremos jamás! ¿Le parece poco? ¡Me gustaría echarle las manos al cuello al criminal que haya tenido la culpa! ¡Ay de él si algún día me lo tropiezo!... ¡Ustedes también son culpables! ¿No vieron que yo no estaba en condiciones de darme cuenta?

-¡Cállese de una vez! -exclamó Aida asomando la ira a sus ojos.

Sonó insistente la llamada de White Sand. Tecumseh dio salida a la voz de Aubert.

-¿Qué le ocurre al señor Ley? -preguntó-. Sus cardiogramas son irregulares. ¿Se siente enfermo?

Tecumseh acercó el micrófono.

-Acaba de despertar de su borrachera -informó-. Se encuentra bien, sólo que un poco nervioso. No sabía dónde estaba. Seguimos sin otra novedad.

-Déle una pastilla de bromuro -ordenó Aubert-. Las hallará en el estante señalado con la letra Z. Corto.

Tecumseh accionó la palanca que hacía girar su asiento y alargó la

mano izquierda hacia el estante indicado. Tomó de él un frasquito etiquetado y sacó una pastilla que entregó a Jake Ley. Éste, sin dejar de protestar lastimeramente, se la llevó a la boca.

-¿Quiénes son ustedes? -preguntó súbitamente.

-Mi nombre es Tecumseh Carson, y el de la señorita, Aida Wallace. Usted ya sabemos que se llama Jake Ley y que es hombre de negocios. ¿A qué clase de negocios se dedica?

-¡Me dedicaba querrá usted decir! -contradijo Jake masticando con furia la pastilla-. Soy propietario de los «Grandes Almacenes Ley», el establecimiento más importante de El Paso. Allí vendía de todo, desde un cepillo de dientes hasta un «Cadillac» último modelo. ¡Un millón de dólares que he tirado por la ventana! ¡Y ahora se lo quedará el granuja de Forshite!... ¡Por cien mil diablos, que no sé cómo no me vuelvo loco...! Si ustedes supieran lo que significa poseer un millón de dólares...

Aida le miró irónica.

-Por si le sirve de consuelo le diré que mi fortuna personal asciende a más de veinte millones. Y no me importa nada perderlos.

-¡Cáspita! -exclamó Tecumseh- ¡Qué pobre resulto al lado de ustedes! Mis ahorros no llegan a los quinientos dólares.

-Ahora somos todos iguales -declaró Aida-. Al llegar a Titán nos habremos desprendido de los prejuicios sociales y no seremos más que dos hombres y una mujer.

Tecumseh la miró asombrado. Era la primera vez que Aida pronunciaba una frase tan larga.

-¿Sabe que me gusta cuando se olvida de su papel de esfinge? -le dijo-. Y me gustará mucho más cuando la vea sonreír. ¿Por qué no lo intenta aunque sólo sea una vez?

-Porque no tengo ningún motivo -fue la seca respuesta.

Y volvió a imperar el silencio dentro de la astronave. Adormilado por los efectos del bromuro, Jake Ley dejó de protestar y rezongar; Aida se abstrajo seguramente en sus graves reflexiones, y Tecumseh tuvo que recurrir nuevamente a la distracción de la radio.

De pronto sonó el timbre de llamada. Ignorando la razón, Tecumseh se sobresaltó.

-Astronave «Levania» contesta -dijo-. Hable, Aubert.

La voz excitada de Aubert vibró a través del micrófono.

¡Preste atención, Carson! ¡Se han estropeado los circuitos detectores del control remoto! ¡Tendrá que guiar usted la astronave! Fíjese bien en lo que tiene que hacer: primero que nada, desconecte el interruptor rojo que verá encima del cuentakilómetros. ¡Hágalo ya!

Tecumseh obedeció tras un instante de vacilación.

-Ya está, Aubert. ¿Qué más?

-En virtud de la inercia y la atracción gravitatoria de Titán II, la astronave no sufrirá alteraciones en su vuelo hasta que el cuentakilómetros señale la cifra de 33.200. Hasta ese momento tendrá usted tiempo de asimilar las instrucciones de aterrizaje que hallará en el «Manual de Navegación Estelar». ¿Sabe dónde está ese libro?

-En la bolsa de accesorios de mi sillón...

-¡Exactamente, Carson...! ¡Feliz viaje y hasta que nos volvamos a ver! A partir de ahora, nuestros contactos quedarán interrumpidos. No busque tampoco ninguna emisora terrest...

La voz de Aubert se apagó bruscamente. Intensamente pálido, Tecumseh miró a Aida.

-¿Qué habrá ocurrido? -preguntó alarmado.

-¡Ya lo sabía yo! -intervino Jake Ley irguiéndose en el asiento-. ¡Un desastre detrás de otro! ¿Qué será de nosotros ahora?

-No empeore las cosas, Jake -le reprendió severamente Aida-. El señor Carson nos conducirá felizmente a Titán.

-Lo intentaré al menos -contestó Tecumseh a la vez que extraía el «Manual de Navegación»-. Lo que más me intriga es eso de que no captemos ninguna emisora terrestre. De veras que no puedo comprenderlo.

-Pues es fácil averiguarlo -dijo Aida con su invariable serenidad-. No haga caso al consejo de Aubert.

Tecumseh asintió. Sus dedos pulsaron los botones del radioemisor hasta que halló lo que deseaba. La potente voz de un locutor norteamericano llenó los ámbitos del compartimiento. «...perdido las esperanzas de recuperar la astronave «Levania». Parece ser que el Director del Planetario, Bernard Aubert, tuvo tiempo de advertir a la tripulación antes de ser detenido por la policía acusado de encubrir al asesino de Silvia Shearer que viaja a bordo de la citada astronave. También se le acusa de haber admitido como pasajero a

un hombre en completo estado de embriaguez...».

Tecumseh apagó la radio. Sus facciones revelaban el angustioso estado de ánimo por que atravesaba.

-Supongo que no me creerán si les digo que soy inocente -murmuró abatido-. Pongo a Dios por testigo de que yo no maté a Silvia Shearer.

-¡Canalla! -barbotó Jake Ley. -¡Asesino y canalla...! ¡Voy a acabar de una vez con esta situación! Ayúdeme, señorita Wallace. Mientras yo sujeto a Carson, vuelva a su sitio el interruptor rojo y comunique a la Tierra que estamos otra vez dentro del control. Que nos hagan regresar inmediatamente.

Al mismo tiempo que hablaba, Jake Ley se desembarazó del cinturón que le unía al sillón e intentó ponerse en pie. La diferencia de peso originada por la gravedad le impulsó hacia adelante haciéndole dar con la cabeza en el borde del tablero de mandos. Desvanecido, cayó a los pies de Aida Wallace.

-El señor Ley tiene razón -dijo Carson alzando la diestra para asir el interruptor-. Regresaremos.

-¡No lo haga, Carson! -demandó Aida-. No me importa lo que haya dicho Aubert. Lea las infracciones del «Manual» y llévenos a Titán.

La perplejidad invadió a Tecumseh.

-¿No le importa viajar en compañía de un asesino? -preguntó vacilante.

-Me tiene sin cuidado.

CAPÍTULO IV

Antes de posarse sobre la superficie de Titán II, Tecumseh Carson maniobró la astronave de modo que ésta describiera una circunvalación perfecta en derredor del planeta. Su experiencia de piloto experimental le facilitó extraordinariamente el sencillo manejo de la «Levania». Podía afirmarse que nunca un aviador se entregó con tanto entusiasmo a su tarea como lo hizo Carson.

-Fíjese, Aida -le iba diciendo a la joven-; no hay edificaciones ni carreteras; no hay nada que delate signos de vida. Sólo tierra, árboles y agua. Vamos a ser los únicos moradores de Titán II... Quizá los creadores de una nueva raza humana.

Al decir esto, Carson se sintió atravesado por la mirada de Aida.

-He dicho una estupidez -se disculpó poniéndose colorado-. No lo tenga en cuenta, se lo ruego.

Por vez primera, Aida se sonrió dejando al descubierto una doble hilera de dientes menudos y blanquísimos. Al esbozar el gesto se le formaron también unos hoyuelos diminutos en las mejillas.

-Hubiera sido una buena idea casamos antes de emprender el viaje, ¿verdad? -dijo con entera naturalidad.

Carson experimentó una extraña emoción.

-¿Usted y yo o Jake Ley y usted? -inquirió clavando su mirada en los azules ojos de ella.

-Jake Ley es el mayor botarate de entre los que he conocido -dictaminó Aida contemplando el inerte cuerpo del comerciante.

-Gracias. Aida -dijo él-. Le recordaré lo que ha dicho si alguna vez regresamos a la Tierra.

Nuevamente se endureció la expresión de la joven.

-Ustedes no lo sé; yo no regresaré jamás.

Se estableció un silencio embarazoso. Tecumseh se ensimismó en su labor y pronto eligió un lugar donde posarse.

El descenso se efectuó con toda normalidad en el centro de una planicie rodeada de un espeso arbolado. El sol se hallaba en el cénit iluminando espléndidamente los paisajes.

Jake Ley se incorporó medio atontado aún por los efectos del golpe. Una señal roja surcaba su frente.

-¿Dónde estamos? -preguntó contemplando el exterior a través del mirador de plástico.

Carson y Aida se quitaron los cinturones.

-En el planeta Titán II -contestó Tecumseh poniéndose en pie y estirando los miembros.

-Ha tenido usted suerte -intervino Aida haciéndole un disimulado guiño a Carson-. Se le desprendió el cinturón y fue a caer de cabeza en el tablero de mandos. Se ha pasado todo el viaje soñando con asesinos que andaban sueltos por la astronave. No sé cuántas cosas desagradables ha dicho en contra del señor Carson.

Ley se llevó una mano a la frente. Su expresión era de desconfianza.

-¿No... no es cierto lo que dijo Aubert? -preguntó mirando alternativamente a ambos jóvenes.

-¿Qué dijo Aubert? -se anticipó Aida.

Jake Ley meneó negativamente la cabeza.

-Debí soñarlo seguramente -dijo-. Bien, ¿y qué hacemos ahora?

-Consultar los datos exteriores -replicó Tecumseh aliviado por el desenlace de la complicada situación-. Seguiremos las instrucciones del «Manual». Vamos a ver la temperatura... Diecinueve grados, no está mal. Grado higroscópico y presión atmosférica idénticos a los que reinan en el interior de la astronave. ¡Qué cosa más cuidosa...! Atmósfera compuesta de nitrógeno, 78 por cien; oxígeno, 21; argón, 0,94; anhídrido carbónico... ¡Asombroso! ¡Francamente increíble...!

-¿El qué es increíble? -preguntó Aida.

-Pues sencillamente que nos hallamos en un mundo de condiciones climatológicas idénticas a las de la Tierra -explicó Carson entusiasmado-. No necesitamos escafandras ni compensadores de gravedad. ¡No necesitamos nada, mis queridos amigos! Podemos salir fuera tranquilamente y pasear a la luz del sol.

Jake Ley no las tenía todas consigo.

-.Salga usted primero y compruébelo personalmente. Si la cosa va bien háganos una señal.

Tecumseh accionó la compuerta hidráulica y salió al exterior. Al aspirar una gran bocanada de aire puro, sus facciones expresaron un júbilo incontenible. Tras dar un corto paseo alrededor de la astronave agitó sus

brazos indicando a sus compañeros que salieran. La primera en hacerlo fue Aida; le siguió Ley temerosamente, tratando de contener la respiración.

-¿Qué les recuerda este paisaje? -preguntó Carson señalando el inmenso arbolado que se extendía en torno de la planicie y tras el que se elevaban gigantescas cordilleras con las cumbres nevadas.

-California -contestó Aida haciendo visera con las manos para amortiguar la intensidad solar.

-Justamente -aseveró Tecumseh-. Aquellas montañas parecen...

Se detuvo intrigado a mitad de la frase. Un sordo rumor comenzaba a oírse dando la sensación de provenir de todas partes y de ninguna en particular.

-¿Qué es eso? -una sombra de temor aleteó en sus facciones-. ¿No lo oyen ustedes?

La pregunta era innecesaria pues la ansiedad se reflejaba en los rostros de Aida y Jake Ley.

-Como si fueran motores -sugirió Jake-. Suenan aquí debajo... debajo de nuestros pies.

Repentinamente, Aida señaló hacia arriba.

-¡El sol se mueve! -exclamó- ¡Se está alejando!

Tecumseh la cogió del brazo.

-¡Metámonos en la astronave! -ordenó- ¡Dése prisa, Jake!

Mientras los tres terrestres pasaban precipitadamente al interior de la nave, el cielo se iba oscureciendo con rapidez y el misterioso fragor aumentaba por instantes de intensidad. Al cerrar Carson la portezuela, el silencio les aisló.

-¡Ya es de noche! -Aida hacía esfuerzos sobrehumanos para conservar la serenidad-. ¡Las estrellas están girando como si estuvieran locas! ¡Qué estará ocurriendo, Dios mío!

-Demasiado bien estaba saliendo todo -gimoteó Jake-. Ustedes tuvieron la culpa de todo... Todo esto...

-¡Todo, todo, todo! -exclamó Carson fuera de sí-. ¡No sabe usted decir otra cosa! ¿Qué gana con lamentarse? ¡Compórtese como un hombre y haga frente a las circunstancias! Yo también podría estar divirtiéndome en una «boite» de la Tierra en lugar de tener que aguantarle. No estoy aquí por capricho; sépalo de una vez.

-En vez de discutir vean lo que está pasando -intervino Aida conciliadora-. Vale la pena.

Carson dio media vuelta y se puso a mirar a través de una de las escotillas de plástico. El espectáculo era sobrecogedor. Miles y miles de estrellas se agitaban en una fantástica danza imposible de ser captada en sus detalles por el ojo humano. En ocasiones, un vivísimo rayo de luz borraba las tinieblas durante fracciones de segundo.

-Ya sé lo que ocurre -declaró Tecumseh con solemne acento-. Nos hallamos en pleno desplazamiento de Titán II. No son las estrellas las que se mueven, sino nosotros. No hemos tenido tan mala suerte, señor Ley. Si nos llegamos a retrasar sólo un cuarto de hora, jamás habríamos podido posarnos en suelo firme. A estas horas estaríamos vagando en un espacio sin horizontes, perdido el rumbo y sin esperanzas de sobrevivir más allá de una semana.

Aida se sentó en uno de los sillones. Su expresión se había tornado serena e inescrutable. Volvía a ser la misma enigmática mujer de horas antes.

-Algún día sabremos la explicación -murmuró Carson como hablando consigo mismo.

-¿A qué se refiere? -quiso saber Aida sin molestarse en volver la cabeza.

-A la causa que impulsa a Titán en sus desplazamientos. Ese ruido de motores no debe ser ajeno. Tal vez el planeta esté habitado por gentes que viven en su interior; gentes supercivilizadas capaces de vencer y dominar todas las leyes naturales. Me gustaría saber si son como nosotros o son seres trífidos, capacitados para volar, nadar y reptar a la vez. ¿No es maravilloso vivir esta aventura, señorita Wallace?

La joven se mordió los labios en un intento de dominar una inquietud recién alentada.

-Vivir siempre es maravilloso -contestó con voz forzada-. Cuando el futuro es incierto, aunque no dependa de nosotros, nada hay más bello que contemplar el amanecer de cada día. Pero cuando se sabe lo que ha de venir... entonces no vale la pena haber nacido.

Aquel inesperado arranque de sinceridad por parte de Aida conmovió a Tecumseh. Éste presintió que un tremendo problema atenazaba y desgarraba el espíritu de la joven. Quizá un problema todavía peor que el que a él le obligó a salir de la Tierra. No queriendo ahondar más en sus sentimientos

derivó la conversación por otros terrenos.

-Sería interesante saber a qué velocidad viajamos -dijo-. Carecemos del punto de referencia necesario para efectuar los cálculos; es una verdadera lástima.

Jake Ley abandonó el mirador y tomó asiento al otro lado de Aida. Su semblante revelaba el fatalismo inherente del hombre que ha perdido sus últimas esperanzas.

-Me dan una pastilla, de bromuro, por favor -rogó sin levantar la vista del suelo.

Tecumseh se la dio sin hacer comentarios.

Paulatinamente la conversación fue decayendo y el sueño concluyó por apoderarse de los tres terrestres.

Los relojes estaban parados cuando se despertó Aida. El interior de la astronave aparecía bañado por una luz radiante, una luz que la joven no dudó en calificar de solar.

Tentada por una curiosidad incontenible abrió la puerta y salió fuera.

Un grito de estupor brotó de su garganta al contemplar el insólito espectáculo que se ofrecía a sus ojos. Creyendo que los sentidos la engañaban, penetró en la astronave y cogió los más potentes anteojos que halló.

La ampliada visión disipó sus dudas. Una enorme esfera asomaba por el horizonte, tan próxima que parecía al alcance de la mano. Era un planeta... ¡un planeta en cuyo hemisferio visible se recortaba el trazado inconfundible de las dos Américas!

CAPÍTULO V

Alrededor de una fogata los tres miembros de la expedición terrestre consumían su frugal cena. Habían transcurrido un par de horas desde que Aida Wallace hiciera su sensacional descubrimiento; dos horas desde que se habían despertado y ya el sol había desaparecido dando paso al mágico centelleo de las estrellas.

La circunstancia de hallarse nuevamente cerca de la Tierra comunicó una cierta alegría a Jake Ley permitiéndole incluso hacer planes con respecto al futuro inmediato.

-Hemos cumplido nuestra misión de cobayos -manifestó al final de los postres-. Los hombres de ciencia ya saben que la astronavegación es perfectamente factible y que los espacios interestelares no son tan inhóspitos como suponían. Hemos resistido la aceleración de la astronave, el bombardeo de rayos cósmicos, el cambio de atmósfera, los desequilibrios gravitatorios y un sin fin de cosas más; tenemos en nuestro poder innumerables fotografías tomadas sobre este planeta, muestras de minerales y vegetales; hemos comprobado que la fauna se reduce a unas pocas variedades de cefalópodos, de los cuales también poseemos ejemplares representativos. ¿Qué más nos queda por hacer en Titán? A mi modesto juicio, nada. ¿Por qué no regresamos a la Tierra?

Tecumseh Carson sacudió con el meñique la ceniza de su cigarrillo. Érale forzoso admitir que Jake Ley tenía sobrada razón en la exposición de sus argumentos. Nada tenían que hacer en Titán IT, excepto vegetar por vegetar. Por otra parte, sentía algo muy parecido a la nostalgia. Aquel aislamiento de la Humanidad, aquella sensación de soledad, no constituían un atractivo perdurable por mucho tiempo. Pero a la misma vez, Carson sabía que el regreso equivalía a la muerte en la silla eléctrica. Por tanto, su dilema era de los que no se resolvían fácilmente.

-Si usted pudo aterrizar en Titán -prosiguió Ley-, no cabe la menor duda de que será capaz de despegar y conducir la astronave a la Tierra. Su experiencia de piloto unida a las instrucciones del «Manual de Navegación» son la mejor garantía del éxito.

-Ustedes pueden regresar -declaró Aida-. Yo me quedo.

Los dos hombres miraron a la joven sorprendidos.

-Desde que la conozco no he cesado de preguntarme cuál será su

problema -dijo Ley-. Su comportamiento no es muy natural-. ¿Por qué no descarga el peso de su conciencia y nos dice qué le ocurre?

Aida esbozó una sonrisa ligeramente irónica.

-Ya una vez les dije que lo que yo hiciera o dejara de hacer era asunto de mi exclusiva incumbencia -contestó-. Todavía no le he preguntado a usted por qué se emborrachó...

-Celebraba mi santo -cortó Ley poniéndose colorado.

-Y yo celebraré que no me vuelva a preguntar nada en ese sentido. ¿Me da un cigarrillo, Carson?

Se produjo un silencio embarazoso. Aida encendió el cigarrillo y se acomodó de forma que el cuarto menguante terrestre estuviera frente a ella. Su mirada se concentró en los relieves perfectamente visibles del cercano astro.

-¿Están seguros que es la Tierra? -preguntó con un acento en el que se adivinaba cierta incredulidad.

-Yo creo que sí -contestó Tecumseh.

-No existe la menor duda -corroboró Jake Ley.

-¿Y dónde está la Luna? -volvió a inquirir Aida.

-Puede hallarse detrás del otro hemisferio -apuntó Tecumseh.

Aida se giró en el taburete metálico. En su mirada había una luz maliciosa.

-Entre sus conocimientos de piloto debe contarse las nociones de astronomía -dijo-. Supongo que, llegado el caso, sabría guiarse por las estrellas.

-Naturalmente -replicó Tecumseh perplejo.

-Dado que la Tierra y Titán IT se hallan ahora en el mismo plano aproximadamente, las constelaciones visibles desde ambos planetas deben ser las mismas.

Tecumseh palideció al darse cuenta de lo que la joven quería decir. Su mirada se clavó instintivamente en un punto del cielo.

-¡La Estrella Polar ha desaparecido! -exclamó atónito.

-Y tampoco están las constelaciones de El Cisne y La Lira, ni ninguna otra de las conocidas -continuó Aida-. Lo cual significa que ese mundo que estamos viendo no es la Tierra.

-¡Tonterías! -rebatió Jalee Ley-. ¿Va usted a negar que esa

prolongación de la izquierda no es California? ¿Sería capaz de discutir que ese punto que enlaza los dos triángulos no es el Istmo de Panamá? Si ustedes mismos coincidieron antes en que distinguían claramente las Antillas, la Bahía de Hudson y el Lago Ontario. Aún fue usted más lejos, señor Carson: cuando se valió de los anteojos le oí decir que estaba viendo una concentración naval en el Golfo de México. Si ese astro no es la Tierra, ¿qué son esas luces que brillan al final de todas las prolongaciones? Si no son faros para la navegación marítima ¿qué diablos son?

La lógica de Jake Ley era irrebatible. Sin embargo, el argumento expuesto por Aida también lo era.

-Demasiado complicado -dijo Tecumseh-. Nos cercioraremos nuevamente con ayuda de los anteojos.

No había hecho más que dar unos pasos en dirección a la cercana astronave cuando un rugido atronador quebró bruscamente el silencio. Simultáneamente, una formación de luces amarillas y rojas cruzó rauda el horizonte de este a oeste. La rapidez de la visión no permitió un recuento exacto de los objetos luminosos, pero todos coincidieron en que pasaban del centenar.

Restablecido el silencio, Tecumseh fue el primero en reaccionar.

-¡Astronaves! -exclamó-. Volaban a una altura media de dos mil metros con velocidad superior a los diez mil kilómetros por hora. El ruido de sus motores es inconfundible: reactores atómicos como el de nuestra astronave...

Sus palabras fueron ahogadas por el mismo horrísono ruido. Esta vez los objetos cruzaron en dirección contraria pero mucho más próximos al cénit.

Tecumseh apagó la fogata con los pies.

-Será mejor que no nos vean -declaró intranquilo.

La irritación asomó al rostro de Jake Ley.

-¡No veo la ventaja! -protestó-. ¡Seguro que estarán buscándonos!

-Ahora es usted el que dice las tonterías -contestó Carson en el mismo tono-. No existe en la Tierra una flota de astronaves como ésa. Lo más probable es que provengan de aquel planeta. Están efectuando un vuelo de reconocimiento. O quizá se trate de una expedición como la nuestra pero multiplicada por cien.

Aida ayudó a extinguir los rescoldos.

-Es preferible que, si llegan a aterrizar, seamos nosotros los que descubramos a ellos -declaró-. Ignoramos si serán gente pacífica o exterminadores.

-Tengo una idea -dijo Tecumseh-. La radio. Probemos a sintonizar una emisora.

-¡Magnífico! -aprobó Ley-. ¡Ahora veremos quién tiene razón!

Un instante después estaban agrupados en torno al radioemisor de la astronave. Carson hizo girar los interruptores obteniendo una rápida sucesión de chasquidos estáticos. Y, de pronto, sonó una voz perfectamente audible que hablaba en inglés.

-«...último mensaje captado, el comodoro Klinton informa que no hay señales de vida en el planeta Oldham. Su flota de astronaves acaba de circunvalar por sexta vez dicho astro, hallándose a punto de emprender el vuelo de retorno. A falta de otras noticias sobre el particular, diremos a nuestros oyentes que el misterio de Oldham sigue siendo impenetrable para todos los hombres de ciencia. Nadie se explica cómo un astro ha podido acercarse tanto a Karlah sin producir perturbaciones gravitatorias. Lógicamente, la presencia de Oldham a once mil kilómetros de distancia debería haber originado mareas tan formidables como para inundar todos los continentes. Las leyes de Machk sobre las trayectorias elipsoidales de los astros han sido pulverizadas por...».

Tecumseh silenció el receptor.

-¡Qué Machk ni qué diablos! -exclamó en el colmo de la estupefacción-. ¡Fue Kepler quien descubrió esas leyes! ¡Esa gente se ha vuelto loca! Ahora resulta que nosotros estamos en Oldham y que la Tierra se llama Karlah...

Aida apartó la diestra de Tecumseh y accionó nuevamente el interruptor. Seguía hablando el mismo locutor.

-«...oirán ustedes a la gran orquesta sinfónica de Rapateh interpretando la inmortal composición de Ninos, «Cantos de Cisne».

Los conocidos compases de «El Danubio Azul» sonaron magníficos de sonoridad y ajuste en el interior del compartimiento. El asombro paralizó a los terrestres privándoles hasta de la facultad de hablar.

Pasados unos segundos. Tecumseh dio un puñetazo sobre el tablero de controles.

-¡Basta ya de locuras! - estalló-. ¡Aquí hay una demoníaca confabulación contra nosotros! ¡Orquesta de Rapateh. Ninos. «Cantos de Cisne»...! ¿Quién ha oído hablar de eso jamás?

-Todos los nombres están cambiados -dijo Aida-; pero el inglés que habla el locutor es impecable. En Harvard no lo mejorarían.

Jake Ley impuso silencio.

-Esperemos a ver lo que dice después. Vamos a tener un bonito rompecabezas para distraemos.

Permanecieron callados hasta que finalizó el vals. A continuación, la voz del locutor se hizo oír nuevamente.

-«Seguidamente les ofrecemos el habitual programa patrocinado por «Reactores Londgsson», la primera productora mundial de motores atómicos para usos industriales. Hoy, día 11 de mayo de 1979, «Reactores Londgsson» se complace en presentarles una emisión conmemorativa del vigésimo aniversario del primer vuelo interplanetario realizado por el hombre. Todo el mundo recordará que en 1959, un grupo de científicos encabezado por el fallecido Lou Sens lanzó al espacio una astronave propulsada por un reactor atómico «Londgsson». No cabe duda de que aquel experimento marcó el principio de una etapa gloriosa para la Humanidad. También por aquel entonces, un planeta semejante al que hoy nos visita se situó en las proximidades de Karlah, provocando una ola de expectación que en algunos lugares del orbe se tradujo en pánico. No pasó nada, sin embargo; sólo que dos hombres y una mujer se inmortalizaron al llevar a cabo la más portentosa hazaña que la mente humana pudiera concebir. Impulsados por distintos motivos, aquellos tres héroes señalaron la pauta que luego habrían de seguir otros muchos audaces. Hoy, vigésimo aniversario del primer vuelo estelar, «Reactores Londgsson» dedica un emocionado recuerdo a Jess Hwas, el aviador que huyó de Karlah injustamente acusado de asesinato; a Trevor Hasfield, el hombre de negocios convertido en pionero del espacio por haber bebido unas cuantas copas de champaña; y, finalmente, a Jane Pittsman. la bellísima mujer cuya incurable enfermedad la llevó a...».

Nerviosamente, Aida cerró el interruptor. Una palidez mortal inundaba su rostro, al tiempo que su respiración se había hecho jadeante.

Sin poder contener su emoción, Tecumseh pasó un brazo por los hombros de la joven.

-Lo siento, Aida -murmuró quedamente-. No podía imaginarlo. Si Jake Ley o yo hemos incurrido en su enojo por ignorancia, le ruego nos perdone.

Las lágrimas asomaron a las pupilas de Aida.

-Ahora ya lo saben ustedes -dijo pugnando por no sollozar-. Mi enfermedad es el cáncer. Huí de la Tierra para no ser una víctima de la compasión. Estaba harta de ver la tristeza a mi alrededor, de ver por todas partes miradas conmiserativas, de saberme compadecida por todos. Ése era mi problema, señor Ley.

-Discúlpeme, señorita Wallace -las mejillas de Jake estaban encendidas como la grana-. He sido un estúpido...

-Hablemos de otra cosa -terció Tecumseh deseoso de aliviar la tensión-. Han transcurrido veinte años desde que salimos de la Tierra. Entretanto han ocurrido tantos hechos que nos van a permitir sentirnos optimistas. ¿Quién nos dice que en veinte años la ciencia médica no ha resuelto el problema del cáncer? Apostaría mi brazo derecho a que hoy esa enfermedad es tan sencilla de curar como una simple pulmonía. Supongo que habrán adivinado lo que quiero decir.

La mirada de Aida se había animado considerablemente.

-¿Volver a la Tierra? -preguntó esperanzada.

-Sí, queridos amigos; a la Tierra o a Karlah, como se llame ahora; a ese mundo de locos que en una de sus arbitrarias modas ha dado por cambiar los nombres de todas las cosas.

-Debemos darnos prisa -alentó Ley impaciente-. Si este planeta da otro de sus saltos estaremos perdidos.

-Acomódense en sus sitios -ordenó Tecumseh-. Despegaremos ahora mismo.

CAPÍTULO VI

El ilustre conferenciante hizo una corta pausa y paseó su mirada por entre los cientos de espectadores que abarrotaban la vasta sala. En su mayoría eran científicos e investigadores en el campo de la astronavegación, hombres y mujeres que integraban un nuevo ejército de conquistadores.

-Y para finalizar -prosiguió el conferenciante-, voy a hacerles una demostración práctica de mi descubrimiento. Antes expliqué ampliamente cómo, por medio de los teoremas de Klisses, se llegó al conocimiento teórico de que existen dos universos gemelos refundidos entre sí, aglomerados sus componentes. Los mismos teoremas demuestran también que cada astro, cada satélite y cada cometa, tiene su correspondiente doble matemáticamente exacto. Klisses llegó a afumar que las civilizaciones o períodos de evolución de una pareja de astros serían idénticos aunque estuvieran separados por millones de años luz. Un mismo destino para dos cuerpos iguales, un mismo nacimiento y un mismo fin. Hasta hace unas semanas, estos teoremas constituían para mucha gente lucubraciones incomprensibles, absurdas definiciones imposibles de comprobar. Klisses fue tachado de visionario cuando dijo que un día llegaría en que nuestras astronaves arribarían a otro mundo en el que se hablarían los mismos idiomas que en Karlah. Creo que fue Stanton Nyers quien, por medio de otros teoremas, intentó demostrar que no pueden existir dos cosas iguales, ni dentro de este planeta ni en todo el universo. Craso error el suyo. Hoy modestamente me vanaglorio de haber descubierto un cuerpo celeste idéntico a nuestro satélite Ihis, un cuerpo de exactas dimensiones, mismo relieve e igual constitución y masa. Después de varias noches de ímprobos esfuerzos he logrado obtener numerosas fotografías del mencionado astro que permiten establecer las asombrosas analogías expuestas en los teoremas de Klisses. Dentro de unos minutos serán proyectadas a fin de que ustedes puedan comprobar la similitud de los accidentes geográficos de Ihis con los del asteroide a que me he referido. Les ruego presten la máxima atención y guarden el mayor silencio. Una vez concluida la proyección cinematográfica, todos ustedes podrán pasar por la secretaría al objeto de retirar las entradas para la conferencia de mañana, que se titulará «Los teoremas de Klisses aplicados al futuro de la astronavegación, y sus repercusiones en el orden moral y religioso». Buenas noches, señoras y caballeros.

- * *

-El «camouflage» es perfecto, ¿verdad?- preguntó Jake Ley añadiendo unas cuantas ramas al inmenso montón que ocultaba la entrada de la gruta.

-Nadie descubrirá la astronave -afirmó Aida-. Éste es el paraje más desolado que he contemplado en mi vida. Creo que Tecumseh no conseguirá lo que se propone.

Jake Ley alumbró un pequeño mapa con la llama de su encendedor.

-Nos hallamos al borde septentrional del gran Cráter de Arizona -explicó-. Carson recuerda que a unos ocho kilómetros de aquí hay una factoría. O, por lo menos, la había hace veinte años.

-Ya viene Tecumseh -Aida señaló un diminuto haz de luz que se acercaba-. ¡Ojalá que no traiga las manos vacías!

Jake Ley hizo la señal convenida encendiendo tres veces su linterna.

Cinco minutos después se les reunía Carson. Portaba a cuestas un voluminoso saco que dejó caer al suelo sin miramientos.

-La factoría no está, pero encontré un poblado un poco más al sur -informó alegremente-. Ropas, víveres frescos, y algo más importante todavía. Nadie me vio cometer el robo, así es que cuando nos cambiemos de indumentaria pasaremos completamente desapercibidos.

-¿Qué dijo usted que era más importante? -quiso saber Aida.

-Esto -Carson extrajo del bolsillo un abultado fajo de billetes-. Pensando que nuestro dinero de hace veinte años quizá hubiese caducado, me las ingenié para rebajar justamente en la mitad la cartera de un pacífico ciudadano.

-¡Pero eso es un atraco! -se escandalizó Aida-. ¡Ahora se nos echará encima la policía! Ese hombre le denunciará...

-Se equivoca. Ese hombre estaba borracho como una cuba y debe pertenecer a la clase adinerada. Deseche los temores y cámbiese pronto de ropa. Jake y yo nos daremos una vuelta mientras tanto.

Carson cogió del brazo a Jake y ambos se alejaron paseando.

-Prepárese para una sorpresa, amigo -dijo Tecumseh-. Abra bien los oídos y temple los nervios. ¿A usted no le extraña que hayan transcurrido veinte años desde que salimos de la Tierra?

-He leído algo de lo que ocurriría a las. astronaves que viajaran a mayor velocidad que la luz -replicó Jake Ley-; algo sobre la reversibilidad del

tiempo y otras fantasías por el estilo.

-Esas teorías demuestran que viajando a mayor velocidad que la luz se puede retroceder en el tiempo, pero no avanzar. O sea que si hubiéramos llegado a la Tierra en el año 1939 cabría pensar en ello. Sin embargo, la realidad es muy distinta.

Jake se detuvo. En su rostro se pintaba la perplejidad.

-No le entenderé si no se explica mejor -dijo.

-Es muy sencillo. Este mundo no es la Tierra.

-Se ha vuelto usted loco; la evidencia nos rodea por todas partes, el dinero, los rascacielos, la música, las gentes. ¿Qué más quiere para convencerse?

Tecumseh negó con la cabeza.

-Veinte años no es un período de tiempo suficientemente largo para que todas las cosas cambien de nombre. Vea estos billetes. ¿Reconoce la efigie?

-Naturalmente, es la del vicepresidente Nixon, ahora seguramente presidente.

Tecumseh levantó su dedo para dejar descubierto el nombre.

-Aquí dice «Presidente Carr»; y en lugar de Estados Unidos de América, se lee «Estados Unidos de Rapateh»; y en vez de dólares son «ryels». ¿Qué me dice, Jake?

-Que me va a estallar la cabeza de un momento a otro. Déjeme que lo piense...

-No piense nada. Vamos a introducimos en esta sociedad como mejor podamos procurando no complicamos la vida -Tecumseh alzó la vista en dirección a Titán II, que se destacaba próximo en la negrura del cielo-. Nuestro querido amigo no se ha portado mal del todo; al fin y al cabo, quizá nos haya traído a un mundo mejor, un mundo gemelo a la Tierra en donde posiblemente nos desenvolveremos sin dificultades. ¿Sabe qué es lo primero que vamos a hacer?

Jake le interrogó con la mirada.

-Buscaremos un especialista de cáncer para Aida Wallace -dijo Tecumseh-. Si solucionamos su problema, podemos damos por satisfechos.

Jake asintió. El fantástico desarrollo de los últimos acontecimientos le había transformado radicalmente. Desapareció su irascible humor y se

mostraba bastante animoso y locuaz.

Al cabo de media hora, los tres terrestres habían cambiado su indumentaria espacial por las vestimentas substraídas por Tecumseh. Medio en broma, medio en serio, Aida y Jake protestaron al no encontrar de sus respectivos agrados las tallas y los modelos.

-Mejoraremos nuestras fachas en cuanto hallemos una ciudad con almacenes de modas -replicó Tecumseh a una observación de Jake-. Mañana, por ejemplo.

Aquella noche, el trío halló sobrados motivos para asombrarse. Tras una larguísima caminata llegaron a una ciudad, «doble» de Phoenix, en la que se alojaron en un hotel de reciente edificación. Jake se sintió cansado y se retiró a dormir. Aida y Tecumseh decidieron que a la una de la madrugada todavía quedaría algún sitio abierto donde ir.

Después de tomar un refrigerio en un restaurante del centro de la ciudad, Tecumseh hizo un importante descubrimiento.

-«Conferencia de Elmer Davis sobre los teoremas de Klisses y la duplicidad de los mundos» -leyó en un tablón de anuncios colocado a la entrada de un local ampliamente iluminado-. ¿Le molestaría que pasemos a curiosear?

Aida dio su conformidad. Estaba rendida físicamente pero se esforzaba en disimularlo.

-Poco será lo que nos pueda enseñar Elmer Davis sobre tal particular -dijo-. Nadie mejor que nosotros sabe lo que es la duplicidad de los mundos.

Tecumseh empujó la puerta giratoria e invitó a pasar a su compañera.

_ * *

-¿Cómo es posible que usted se haya descuidado tanto? -preguntó el doctor Apleshey a Aida después que hubo concluido de reconocerla-. El origen de su enfermedad data de dos años por lo menos.

-No sentí los dolores hasta hace un par de semanas -replicó la joven-. ¿Es... es muy grave, doctor?

-¿Grave? -Apleshey esbozó una sonrisa irónica-. ¿De qué mundo viene usted? Con cinco sesiones de rayos «wagma», su cáncer habrá desaparecido. Venga por aquí mañana y comenzaremos.

Aida abrió los ojos exageradamente. La revelación del doctor Apleshey le produjo tal alegría que no se pudo contener y prorrumpió en

exclamaciones de agradecimiento.

Apleshey la miró perplejo por encima de sus gafas.

-Por lo que veo, usted tenía un concepto erróneo de su enfermedad -dijo-. ¿Quién le informó de que el cáncer era incurable?

Aida dudó unos instantes antes de contestar.

-En realidad lo supuse yo, quizá porque sea un poco aprensiva. ¿Cuánto le debo, doctor?

-Le pasaré la cuenta al final del tratamiento. Procure venir mañana antes de las diez y de este modo, el domingo estará totalmente curada.

Aida se reunió con Tecumseh y le explicó el resultado de la consulta.

-¡Es maravilloso, Tecumseh! Es como si hubiera vuelto a nacer. ¿Sabes que hasta te veo de distinta forma? Creo... creo que me estoy enamorando de ti.

Tecumseh fijó en ella su mirada sonriente. Se hallaban en uno de los reservados del «Margate Club», donde habían quedado citados en unión de Jake Ley.

-Yo también tengo buenas noticias que darte -replicó-. Lee este recorte de periódico; lo substraje del archivo municipal.

Aida tomó el recorte y leyó en voz alta.

-«Loveling, 20 octubre de 1960...».

-Loveling es la ciudad gemela de Nueva York -explicó Carson-. Como verás, el periódico es de hace dieciocho años.

La joven asintió y continuó la lectura.

-«Meritorio trabajo de la policía metropolitana. Después de dos años de intensas investigaciones sobre el asesinato de Linda Kerwell, la policía ha dado por fin con el verdadero culpable. Como se recordará, en un principio se creyó que el autor del crimen era el célebre piloto Jess Hwas primer héroe de la astronavegación. Bien es cierto que todas las pruebas concurrían contra él y que su precipitada fuga contribuyó naturalmente a acrecentar las sospechas. Sin embargo, la sagacidad del inspector Twas y el descubrimiento casual de un indicio, ha permitido que el peso de la ley haya caído sobre Lionel Stanwick, conocido artista de la televisión. El móvil fueron los celos, como el propio Stanwick ha confesado en el segundo interrogatorio a que fue sometido. Una brillante labor del inspector Twas y de su eficiente personal, a los cuales todo el mundo agradecerá el esclarecimiento del crimen toda vez

que rehabilita la memoria del hombre más audaz de la historia contemporánea, de Jess Hwas héroe y mártir de la ciencia astronáutica.»

-¿Jess Hwas eres tú? -preguntó Aida innecesariamente.

-Sí -replicó Tecumseh guardándose el recorte-. Y Lionel Stanwick es Lewis Flanagan. Si alguna vez regresara a la Tierra le ahorraría el trabajo a la metropolitana.

-¿Te das cuenta de lo increíble de las cosas? -inquirió la joven reflexivamente-. En este planeta se repite íntegramente la historia de la Tierra. No solamente son mundos gemelos, sino que suceden los mismos hechos, coinciden las fechas y los hombres y las mujeres son iguales. Cada uno de nosotros tiene un «doble» aquí, con veinte años más encima. Personas que todavía no han nacido en la Tierra ya se habrán casado en Karlah. ¡A cuántos estudios y experiencias se presta nuestro extraordinario destino!

-Si regresáramos a la Tierra tendríamos un conocimiento exacto de su futuro a lo largo de veinte años -agregó Tecumseh-. E incluso podríamos remediar muchas de las catástrofes que tuvieran que acontecer.

Las facciones de Aida adquirieron una rara expresión.

-Estoy pensando en algo fantástico -declaró sin mirar a Tecumseh-. Me gustaría saber en qué planos se deslizan las vidas de tu «doble» y el mío, si se habrán conocido, si se habrán casado...

-Jamás lo averiguarás -contestó Carson-. Recuerda que ellos también partieron de este mundo en una astronave y que posiblemente se hallarán en otro planeta gemelo. Imagínate una cadena sin fin.

-Eso quiere decir que existen infinidad de planetas gemelos.

-Forzosamente -Carson consultó el reloj-. Jake Ley se está retrasando mucho; hace media hora que debería hallarse aquí.

-Ahí viene -dijo Aida mirando a la puerta-. Tiene cara de asustado; ¿qué le habrá ocurrido?

Ley apartó una silla y se sentó sin siquiera saludar. Estaba sudoroso y jadeante como si acabara de recorrer una gran distancia.

-Tenemos que hacer algo para impedir que el mundo estalle en mil pedazos -dijo impulsivamente-. ¡Y ahora mismo, si no queremos llegar tarde!

Aida y Carson se miraron intrigados.

-¿De qué se trata? -quiso saber el segundo. Disimuladamente olfateó el aire para percatarse de que Jaque Ley no estaba ebrio.

-Fui a visitar a un amigo que tengo en la ciudad -explicó-; un tal Ronald Reagan, profesor de física nuclear...

-Un momento -interrumpió Carson-. ¿Cuándo se hizo usted amigo de Ronald Reagan? ¿Anoche?

Ley meneó negativamente la cabeza con un gesto de impaciencia.

-A su «doble», si es que no me han comprendido. A mí no me convencían ustedes con esas historias de mundos repetidos. Para salir de dudas, decidí visitarle y comprobar con mis propios ojos lo que había de verdad o de engaño en ello.

-¿Y qué pasó? -preguntó Tecumseh cada vez más interesado.

Jake Ley se pasó la mano por las sienes como queriendo ahuyentar los terribles pensamientos que le asaltaban.

-Vi a Ronald Reagan -contestó-; aquí se llama Peter Lawson. Le encontré veinte años más viejo y él a mí veinte años más joven, pero sin embargo nos reconocimos; mejor dicho, Reagan creyó que yo era el hijo del amigo que conocía. ¡Espantoso, amigos míos! Sólo Dios sabe los esfuerzos que tuve que realizar para poder representar la comedia. Resulta que yo, hijo de un tal J. L. Finch, acababa de salir graduado de un cursillo de capacitación para «La Desintegración del Mundo», una diabólica secta constituida por científicos cuyo fin es la purificación de las almas por medio del fuego continuo; una secta de locos que pretende convertir este planeta en un sol, para lo cual se va a provocar una reacción nuclear en cadena. Es una religión nueva, Carson; una especie de anarquía científica encauzada a la destrucción de los cuerpos humanos y lograr así la perfección espiritual. Reagan me dijo que yo era un valioso elemento y que todo estaba a punto para convertir la teoría en realidad. Quinientos sabios de todo el planeta aguardan la orden suprema; cada uno de ellos tiene un equipo de fanáticos suicidas dispuestos a encender la llama que incendie al mundo.

-Pero ¿con qué medios cuentan esos sicarios del infierno? -inquirió Carson cada vez más estupefacto.

-Con bombas de litio que estallarán a mil metros de profundidad del suelo. Todo el ecuador es un cinturón pespunteado con dichas bombas. Esta noche tendrá lugar el primer experimento. La destrucción abarcará un área de mil millas cuadradas debajo del suelo. O sea que la superficie apenas se resquebrajará. ¿No lo comprenden?

Carson asintió. En su varonil rostro se reflejaba la preocupación.

-Se trata de provocar una fisión en cadena de carácter interno -dijo-. Cuando todas las bombas hagan explosión simultánea, el planeta se transformará en una bola de fuego. Si estallaran en la superficie, la humanidad desaparecería quizá parcialmente. Esa secta es peligrosa, Ley.

-¡Cómo peligrosa! -exclamó Jake-. ¡Es la mayor horda de asesinos que existe en el universo! ¡Tenemos que impedir que se salgan con la suya! Estoy seguro que la Providencia nos ha destinado aquí como embajadores de la salvación. Ya no creo que Titán II nos haya traído casualmente, ni que nos hayamos salvado de milagro. En este caso somos la justicia y la ley representadas por dos hombres y una mujer.

-Tampoco yo creo en la casualidad -afirmó Tecumseh-. ¿Qué papel tiene usted en la conspiración?

-¡Ninguno! -protestó Ley violentamente-. ¿No ve que, en realidad soy mi hijo?

Aida se echó a reír ante la absurda declaración de Jake Ley.

-Querrá decir que Ronald Reagan le ha confundido con su hijo -declaró-. Lo que Carson desea saber es su significación en la conjura, la supuesta significación.

-Debo asistir al primer sacrificio -contestó Ley-. Mi misión es descender a las entrañas de la tierra y contemplar cómo Reagan hace estallar la bomba de litio. Moriremos veinte miembros de la secta; es la orden del Supremo Gran Jefe Kurt Kurlan. Si el experimento tiene el éxito teórico, pasado mañana tendrá lugar «La Desintegración del Mundo».

-Usted no morirá, Ley -decidió Carson-. Esta noche seremos testigos del experimento... y mañana actuaremos.

CAPÍTULO VII

La astronave «Levania» se elevó rauda sobre el equivalente al Cráter de Arizona terrestre. Su ascensión vertical la situó en contados segundos a una altura de quince mil metros, fuera del alcance de la vista humana. Más arriba, Titán II resplandecía como una luna que se hubiera agrandado cientos de veces. Su larga permanencia en las proximidades de Karlah constituía para los expedicionarios terrestres otro de sus enigmas incomprensibles.

-Qué raro es que no haya dado ya su salto hacia las estrellas -declaró Aida-. Su visita a la Tierra fue más breve.

Jake Ley y Tecumseh no contestaron al comentario; el primero se hallaba entregado a la tarea de observar, por medio de unos prismáticos telescópicos, la superficie bajo la cual se iba a efectuar el diabólico experimento unos minutos más tarde; Carson intentaba fijar el vuelo de la astronave dentro de una trayectoria circular que no les alejara del lugar adecuado para la observación; con ayuda del «Manual de Navegación» y valiéndose de sus experiencias anteriores, iba corrigiendo y desviando las inclinaciones de vuelo hasta que, por fin, estabilizó la astronave en el rumbo deseado. Una vez conseguido conectó el piloto automático y se volvió a sus compañeros.

-Sólo temo una cosa -dijo al tiempo que encendía un cigarrillo-; que los detectores de radar nos descubran. ¿Qué haremos si nos envían una escuadrilla de reconocimiento?

-Usted es el capitán de la astronave, Carson -contestó Ley sin girarse-; Aida y yo le hemos concedido el mando antes de remontarnos, así es que sus resoluciones serán las buenas.

Carson tomó dos prismáticos de largo alcance y entregó uno de ellos a Aida; luego le indicó que ocupara el mirador de proa.

-¿A qué hora dijo usted, Ley, que tendría lugar el experimento? -le preguntó enfocando sus anteojos a un montículo situado al sur de la ciudad.

-Según mi reloj, dentro de dos minutos. ¿Qué estará pensando Reagan de mi ausencia? Por lo que me dijo, parece ser que todos los juramentados... ¡Fíjese, Carson! -la voz de Ley sonó excitada-. ¡El suelo se ha resquebrajado y salen llamas!

Efectivamente, el montículo se había partido en dos mitades y de la sima recién abierta surgía una enorme nube de humo incandescente que,

barrida por el viento, se diluía en todas direcciones. Simultáneamente se apagaron todas las luces de la ciudad gemela a Phoenix.

Un escalofrío de horror sacudió el ánimo de los tres terrestres. Sus imaginaciones suplían los detalles no captados de la criminal conspiración; horrísonas explosiones, temblores sísmicos, pánico en las gentes y un puñado de científicos locos desintegrados por su propia voluntad.

La espesa y luminosa nube de humo fue disminuyendo de intensidad, perdiendo su centelleante fulgor y fragmentándose en penachos sueltos. Pronto, la oscuridad ocultó toda visión.

-Se acabó el espectáculo -dijo Jake Ley-. ¿No podríamos descender hasta una altura de mil metros y enfocar los reflectores? Me gustaría saber lo que ha pasado.

-Es peligroso -contestó Carson-. Si nos descubren quizá nos carguen las culpas de lo sucedido. Esperaremos media hora y después aterrizaremos detrás de aquellos bosques.

Inesperadamente, Aida dejó escapar un grito de sorpresa. Jake Ley y Carson, que habían abandonado sus puestos, se precipitaron nuevamente a ellos.

-¿Qué es eso que sale de la sima? -preguntó la joven con voz angustiada -¡Parecen esqueletos vivientes! ¡Dios mío, qué cosa tan espeluznante!

Tecumseh avizoró la extraordinaria escena y, sin perder un instante, desconectó el piloto automático impulsando a la astronave en un vuelo en picado. Frenó la caída cuando el altímetro señalaba dos mil metros. Acto seguido volvió a poner el rumbo circular estrechando cuanto pudo la órbita. Abandonando los mandos acudió junto a Aida.

-¡Seres monstruosos que surgen de las entrañas del planeta! -exclamó con voz vibrante por la excitación-. ¡No acabarán nunca de salir!

-¿No podemos hacer nada para evitarlo, Tecumseh? -inquirió Aida anhelante.

-¡Quién sabe si será lícito hacerlo! -replicó Carson-. Tal vez sean pacíficos.

Jake Ley se reunió con la joven pareja. Sus facciones revelaban una aprensión sin límites.

-¡Se han encendido las luces de Phoenix! -gritó señalando a la

izquierda del montículo- ¡Ahora podremos ver bien lo que ocurre!

Incontables siluetas blancas, de trazos borrosos y sinuosos movimientos, salían de la sima y se desparramaban por la vertiente próxima a la ciudad. Era como si un torbellino impetuoso de fantasmas hubiese sido repentinamente liberado de sus cárceles. La altura no permitía distinguir sus formas verdaderas ni apreciar los tamaños pero, a juzgar por la extensión abarcada por el misterioso ejército en tan breve espacio de tiempo, sus componentes debían contarse por millares.

-Ya han rebasado el extrarradio de la ciudad -dijo Tecumseh. Y, de pronto, su voz adquirió un matiz angustioso-. ¡Fíjense, se ha derrumbado una edificación! ¡Los monstruos están destruyéndolo todo!

Dominada por el nerviosismo, Aida señaló el cielo.

-¡Una flota de aviones viene hacia nosotros! -exclamó-. ¡Huyamos, Tecumseh! ¡Nos derribarán si nos ven!

Carson saltó de su puesto de observación a los mandos de la astronave. Desconectando el piloto, tiró con fuerza de la palanca aceleradora y disparó una carga de cohetes propulsores. La astronave dio un salto tan poderoso que Aida y Jake perdieron el equilibrio y rodaron por el suelo.

Cuando el altímetro señaló los treinta y cinco mil metros, Carson redujo la velocidad al tiempo que enderezaba el vuelo.

-Sujétense a los cinturones -ordenó viendo que sus compañeros se incorporaban dificultosamente-. ¿Se han lastimado?

-Podía habernos advertido -contestó Jake en tono de queja-. Ha faltado poco para desnucarme.

-Peor habría sido que nos derribaran -sentenció Carson-. ¿Te encuentras sin novedad, Aida?

-Un poco mareada, pero nada más. ¿A dónde vamos ahora?

Tecumseh ladeó ligeramente la astronave para otear el panorama. Un banco de nubes impedía casi totalmente la visibilidad. Muy a lo lejos se distinguía el resplandor de una gran ciudad.

-Podemos escoger entre ir a Titán o volar hasta San Francisco...

-San Francisco o lo que sea -corrigió Jake Ley.

-De ahora en adelante nos referiremos a las ciudades por los nombres terrestres y así evitaremos las confusiones. ¿Qué lugar escogemos?

-San Francisco -decidieron unánimemente Aida y Ley.

-Ardo en deseos de leer los periódicos y saber lo que ha ocurrido en Phoenix -dijo Carson echando un vistazo al mapa de vuelo-. Escuche, Jake, ese individuo Supremo Gran Jefe Kurt Kurlan ¿dónde podremos atraparle?

Jake se inclinó hacia adelante y señaló con su dedo un punto del mapa.

-¿Qué ciudad es ésta en la Tierra? -preguntó.

-Mandalay, capital de Birmania -replicó Tecumseh.

-Allí le encontraremos -decretó Jake sin vacilar.

- * *

Desde una altura de cincuenta mil metros, la astronave cayó verticalmente con los motores parados. Tecumseh Carson interrumpió la «caída inerte» a pocos centenares de metros del suelo por medio de los cohetes amortiguadores. La «Levania» se posó lentamente en un reducido claro de aquella inmensa selva. Los tres tripulantes salieron al exterior un tanto mareados por las recientes variaciones de aceleración.

-Espero que nadie nos habrá visto -declaró Carson orientándose por la situación del sol-. Por un momento temí que no me respondieran los mandos.

Aida consultó su reloj de pulsera.

-Han transcurrido diez horas desde que despegamos en Phoenix -dijo-. Suponiendo que estemos a cuarenta kilómetros de Imphal, ¿cuándo llegaremos a Mandalay?

Carson desplegó un mapa extraído de la astronave. Tras unos instantes de búsqueda señaló con su índice una línea verde que unía las dos ciudades.

-A muy poca distancia de aquí, avanzando hacia el sur, encontraremos la carretera general. Si tenemos la suerte de dar con un vehículo que nos quiera llevar, dentro de cinco o seis horas estaremos en Mandalay. ¿Alguno de ustedes conoce algo del idioma nativo?

-Ni la menor idea -replicó Jake Ley.

Aida expresó su negativa con un movimiento de cabeza.

-Es lo mismo -dijo Carson-; hay un idioma universal que son los gestos. De un modo u otro nos arreglaremos.

Antes de partir hacia la carretera, a través de la espesa selva, los tres expedicionarios se armaron con pistolas y suficiente munición.

La caminata fue más larga y penosa de lo que habían calculado. Ya el

sol comenzaba a inclinarse sobre el horizonte cuando, por fin, divisaron la ansiada carretera.

Aida se cogió del brazo de Carson para recorrer el último trecho. Su rostro reflejaba el malestar y el cansancio. Día a día, hora a hora, el progreso de su enfermedad se iba acentuando en el aspecto general, en la mirada y en cada uno de sus movimientos.

-Lo doy por bien empleado, Tecumseh, pero ¿podré resistirlo? -preguntó asiéndose con fuerza al brazo del joven-. No quisiera por nada del mundo ser un estorbo para vosotros.

-Hoy mismo iremos a otro médico -contestó Carson posando en ella su mirada admirativa-; una sesión de rayos «wagma» te aliviará mucho. Y después de concluir nuestro trabajo, el tratamiento será rápido.

-¿Tiene usted trazado un plan de ataque? -interrogó Jake Ley.

-Sólo existe uno que pueda proporcionamos el triunfo -replicó Carson-: matar a Kurt Kurlan.

A una señal de Aida se detuvo un pesado camión de transporte. Por medio de señas y gestos, el trío logró hacerse entender. El camión se dirigía a una aldea enclavada un poco más allá de Nigham, la ciudad que en términos terrestres era Mandalay. El conductor, un asiático de refinados y untuosos modales, accedió a llevarles.

Llegaron cerca del anochecer. Sentados en un céntrico restaurante, aliviaron la sed y el apetito con sendas consumiciones.

-¿Con qué dinero pagaremos? -quiso saber Jake Ley inquieto ante la inminente perspectiva de liquidar la cuenta.

Tecumseh sonrió.

-Menguado problema es ése -contestó-. Los dólares siempre han sido aceptados en todo el mundo; y si aquí no los quieren, nos encogeremos de hombros y aguantaremos el chaparrón. Te noto distraída, pequeña -dijo dirigiéndose a Aida-. ¿Qué es lo que estás mirando?

Aida se levantó.

-Espérenme un momento -su diestra señaló un kiosco cercano-. Voy a comprar un periódico en edición inglesa o americana.

Jake y Tecumseh la vieron alejarse y comentaron su fortaleza espiritual y física.

-Nos engañó a los dos -declaró Carson-. Creíamos que era una mujer

altiva e insoportable.

-Usted está enamorado de ella, ¿verdad? -inquirió Jake sonriendo.

-Mi estado de ánimo es tan confuso que no podría decírselo. Pero me gusta, es bella e inteligente. Supongo que cualquier hombre sería feliz casándose con ella.

-Aida le ama; hasta un ciego lo vería. No se haga de esperar y dígaselo; hallaría alivio en sus sufrimientos.

Tecumseh apuró su refresco de un trago y luego se limpió los labios con su pañuelo.

-Cuando esto se aclare habrá tiempo para todo...

-¡Chist! Ahí viene.

Aida se sentó entre los dos hombres y apartó los vasos para dejar sitio libre al periódico.

-¿Con qué has pagado? -preguntó Tecumseh.

La joven esbozó una leve sonrisa.

-Con mi sortija -replicó poniendo la mano desnuda sobre la mesa-. El vendedor se ha quedado viendo visiones. Me hubiera gustado saber lo que decía.

Jake y Carson se echaron a reír. Este último cogió el periódico y se puso a leer los titulares. Conforme su mirada iba recorriendo las líneas, su rostro fue adquiriendo una expresión de asombro y temor.

-¿Qué ocurre? -indagó Jake inquieto.

Carson continuó leyendo por espacio de unos minutos. Después dobló el periódico y apoyó los brazos encima de él.

-Están ocurriendo cosas tremendas -declaró con sombrío acento-. Los «infernales», como llaman a los monstruos que salieron de las entrañas de la tierra en Phoenix, han arrasado toda la extensión equivalente a Arizona y aniquilado a la población completa. Son seres inteligentes equipados con armas desconocidas que abrasan cuanto se les pone a su alcance. Las noticias que facilitan los corresponsales son bastante confusas y contradictorias, pero parece ser que se trata de una raza que ha vivido a través de los milenios en las profundidades del globo y, que, al encontrar una salida, se disponen a tomar por asalto la superficie terráquea. El ejército y la aviación son impotentes para luchar contra ellos. Por cada «infernal» que cae surgen de la sima centenares y centenares que se desparraman en todas direcciones con tal

rapidez que ya han sido vistos en las cercanías de Nuevo México, Nevada y California. Me refiero a los Estados símiles de Karlah. Los estrategas pronostican que antes de una semana, si no ha ocurrido un milagro, el mundo entero se hallará plagado de esas bestias sanguinarias y destructoras.

Carson hizo una pausa para observar el efecto que sus palabras habían causado en Jake y Aida. Estos, mortalmente pálidos, parecían privados incluso de la respiración.

-¿Cómo... cómo son? -preguntó la joven con un hilo de voz.

Carson le entregó el periódico.

-Léelo tú misma.

Aida lo hizo en voz alta, sin poder reprimir las alteraciones emocionales.

-«Los escasos testigos supervivientes coinciden en afirmar que son unos monstruos reptantes, provistos de cuatro extremidades y un cuerpo alargado y contráctil, de unas dimensiones aproximadas a las de los caimanes gigantes. La forma de sus cabezas recuerda también a la de los reptiles; chatas, triangulares, dotadas de un solo ojo y carentes de fosas nasales, tienen el inconfundible aspecto de recubrir mentalidades inteligentísimas. La constitución ósea y epidérmica de los «infernales» es todavía un misterio. Algunos testimonios dan fe de que dichas constituciones son totalmente metálicas, lo que explicaría la inmunidad de los «infernales» a las enormes temperaturas reinantes en el interior del planeta. Sus mortíferas armas son igualmente desconocidas; parece ser que cada monstruo lleva unida a la epidermis superior una especie de disparador de rayos desintegradores que actúa a impulsos de la voluntad, puesto que las extremidades únicamente son utilizadas para la locomoción. Otro punto en el que los testigos están enteramente de acuerdo es en la velocidad fantástica con que los «infernales» se desplazan. Ésta se ha calculado en mil kilómetros por hora, a juzgar por el tiempo transcurrido desde que la sima de Kightyn se abrió hasta la aparición de los monstruos en la frontera de Rsatbam».

Aida cerró el periódico.

-Antes de una semana estarán aquí -murmuró quedamente-. No es necesario eliminar a Kurt Kurlan; la humanidad será extinguida igualmente.

-¿Para qué están entonces las bombas atómicas? -exclamó Jake Ley con acento furioso-. ¿Es que temen matar a unos cuantos millones de personas

para salvar a los restantes? ¿Es que no hay ningún gobierno que se decida?

-Otra noticia del periódico afirma que la radioactividad no hace mella en los «infernales» -contestó Tecumseh pensativo-. Lo mismo da matarlos a tiros que con bombas. Pero no es eso lo que me preocupa...

-¿Qué es entonces? -la mirada de Aida se clavó en el rostro de Carson.

-Es lamentable que el planeta Karlah sea arrasado por una raza que ha vivido siempre en sus entrañas y que ahora ha encontrado una libertad propicia para la supervivencia en la superficie. Y también es lamentable que perezcamos nosotros. Pero, al fin y al cabo, Karlah no es nuestro mundo, no hemos nacido en él, no está ligado a nosotros por lazos de sangre ni ideológicos. Somos extraños aquí y, por lo tanto, el sentimentalismo es prácticamente inútil. Si Karlah es destruido, la culpa y el origen de la catástrofe están en un puñado de locos que han querido erigirse en salvadores de almas, en unos cuantos científicos que reniegan del mundo que los ha alumbrado. Algo hay que funciona mal en Karlah; quizá los sentimientos de sus moradores se han retorcido diabólicamente a impulsos de una mente más diabólica todavía. Si Kurt Kurlan no hubiese existido, la vida en el planeta seguiría su curso milenios de años. La esquizofrénica voluntad de ese hombre ha bastado para producir el Apocalipsis, ha excitado la venganza suprema y se ha negado a sí misma la virtud del arrepentimiento. Ya no hay remedio en este mundo, amigos míos. Y eso es lo que me preocupa.

Jake y Aida se miraron con evidente expresión de no haber comprendido bien el significado de las palabras de Tecumseh.

-¿A dónde quiere ir a parar, Carson? -preguntó Jake.

Carson encendió parsimoniosamente un cigarrillo. Después de exhalar una gran bocanada de humo, respondió:

-La Tierra lleva un retraso de veinte años con respecto a Karlah; todo lo que aquí sucede ocurrirá allí dentro de ese período de tiempo. Hoy Kurt Kurlan será en la Tierra un mozalbete de veinte años, un anarquista en formación, un individuo en la divisoria del bien y el mal. Si nosotros no lo evitamos, el Kurt Kurlan terrestre exterminará la raza a que pertenecemos. Eso es lo que he querido decir; que la salvación del mundo que nos vio nacer depende de que nosotros regresemos con tiempo suficiente para impedir que se abra una nueva sima en Phoenix.

Aida y Jake quedaron estupefactos. El planteamiento de la hipótesis

de Tecumseh rezumaba lógica por todas partes; pero la resolución del problema desbordaba la capacidad de cualquier mente humana.

-¿Insinúa usted que sería posible tornar a la Tierra? -interrogó Jake con la incredulidad reflejada en sus facciones.

-No, mi querido Jake -contestó Carson-; sólo he apuntado la solución teórica. Si Dios no lo remedia, nosotros seremos tres víctimas más de los «infernales».

CAPÍTULO VIII

Todas aquellas gentes pintorescas, ojos oblicuos, facciones achatadas, vestimentas enraizadas en el tipismo del país con aditamentos occidentales, sacerdotes y bonzos, portadores de carretas de bueyes, mercaderes que pregonaban sus mercancías con melifluos gritos, militares y voceadores de periódicos, todo lo que integraba la abigarrada policromía de las calles de Mandalay parecía obedecer a un imperativo común: el pánico. La ciudad seguía su curso, pero no el curso apacible e indolente característico que impone la idiosincrasia asiática; la inquietud e impaciencia se había apoderado del ritmo normal de la población. Frecuentemente, el cielo era surcado por rapidísimos aviones a reacción cuyos emblemas denotaban la diversidad de países a que pertenecían. Mandalay, o dicho con más propiedad Nigham, era en aquellos momentos un exponente del caos reinante en el mundo.

En la clínica de un doctor occidental, Jake y Tecumseh aguardaban a que Aida saliese de la habitación en que le estaban siendo aplicados una sesión de rayos «wagma». Había anochecido. Desde el mirador en que se hallaban los dos terrestres podía verse una comba oscura en el horizonte sobresaliendo por encima de las últimas edificaciones. Un halo de luz verdosa circundaba la comba prestándole un aspecto extraño y sobrecogedor.

-Titán II desea asistir al fin de este planeta -comentó Carson-. Con todas las cosas que nos están ocurriendo casi nos hemos desentendido de él y de sus extravagantes singladuras en el espacio sideral. Lo que más me intriga de Titán II es aquel ruido extraño de motores que oímos antes de que diera su primer salto hacia las estrellas. ¿Acaso no estará también habitado en su interior?

Con las manos en los bolsillos y la mirada distraída, Jake Ley no parecía estar muy afectado por la situación.

-Tenía deseos de estar a solas con usted -dijo-. Le debo una explicación de hombre a hombre. Al principio me porté como un cobarde, reaccionando estúpidamente y queriéndome rebelar contra usted y Aida. Reconozco que no vine voluntariamente y que alguien se aprovechó de mi estado de embriaguez para someterme a sus fines. Pero ahora mi perspectiva se ha ampliado, me he dado cuenta de que no somos tan imprescindibles ni para nosotros mismos, de que morir y vivir casi es la misma cosa. Al lado de

ustedes he aprendido lo fundamental, he conocido que lo único que importa, lo esencial para nuestra paz de espíritu, es aceptar los envites del destino con una sonrisa en los labios. Ya no le tengo miedo a la muerte, Carson, ni echo de menos mis grandes almacenes. Sólo deseo que ustedes me aprecien en el mismo grado que les aprecio.

Carson le dedicó una sonrisa de sincera cordialidad.

-Aquí y allá donde nos encontremos, siempre seremos tres buenos amigos, los mejores amigos del mundo.

Aida salió acompañada del doctor. Su semblante revelaba una extraordinaria mejoría física.

-Me he aplicado una sesión doble -explicó; con otra igual estaré curada.

A Tecumseh le asaltó un pensamiento cuya finalidad no supo comprender de momento.

-¿Cuándo se descubrió que la aplicación de rayos «wagma» curaba el cáncer? -preguntó al médico.

-En 1960, James Wolf presentó su estudio y aplicaciones a la Real Academia de Neyerkan -replicó el especialista-. Los tratamientos fueron llevados a cabo unos meses después con éxito completo.

-¿Y cuánto tiempo podría vivir la señorita Wallace sin que le fuera aplicada otra sesión como la de hoy?

-Tres años aproximadamente; los tejidos regenerados hace un momento, volverían a ser contagiados por las células cancerosas aún vivas.

Carson extrajo del bolsillo el fajo de billetes que sustrajera en Phoenix.

-¿Cuánto le debo, doctor? -preguntó.

El especialista negó con la cabeza al tiempo que sonreía con cierta tristeza.

-Desgraciadamente el dinero ya no tiene significación -repuso-. Si me ofreciera usted un pasaje para otro planeta se lo aceptaría encantado. Las noticias dicen que los «infernales» acabarán con nosotros antes de seis días.

Carson se echó a reír de la mejor gana.

-¡Un pasaje para otro planeta! -exclamó dándole al doctor una soberbia palmada amistosa-. Mi querido Gusstimberg, con esa moneda le pagaremos. ¿Tiene usted automóvil?

El doctor Gusstimberg asintió cada vez más perplejo.

-¿Por qué lo pregunta?

Carson consultó su reloj.

-Son ahora las ocho y media -dijo-. Dentro de cinco horas esté preparado, porque vendremos a por usted. ¿Le gustaría ir a ese planeta fantasma que está viendo allí?

-Las autoridades han prohibido el desplazamiento de astronaves a Oldham -replicó Gusstimberg-. Y la huida de Karlah está penada severísimamente.

-Nosotros tenemos una astronave particular -declaró Carson-. Nadie nos impedirá utilizarla. Así es que ya lo sabe, Gusstimberg; a la una y media de la madrugada volveremos. A propósito, ¿ha oído usted nombrar a un individuo llamado Kurt Kurlan?

-Es el científico nuclear más reputado del mundo -contestó el médico-. Precisamente aquí reside y tiene su centro de experimentación.

Una alegría sin límites invadió a Tecumseh.

-Déme las señas -pidió-. O mejor todavía, acompáñenos. Necesito verle inmediatamente.

-Gusstimberg dudó unos instantes.

-¿Qué es lo que se proponen? -inquinó mirándoles cautamente.

-Intentar salvar a Karlah de los «infernales» y de una autodestrucción nuclear. No vacile más, doctor, si todo está perdido de antemano nada importa que abandone usted la clínica durante unas horas.

Aida se adelantó un paso y puso su mano en el hombro del galeno.

-Doctor -dijo- si usted me ha salvado la vida, permítanos que hagamos lo posible por salvársela a usted.

-Sea -decidió Gusstimberg despojándose del blanco batín-; estoy a la disposición de ustedes.

- * *

En la pequeña isla de Gronx, situada a sólo diez kilómetros del Cabo de Hornos, un reducido grupo de científicos y militares se turnaban en los miradores del faro-torreón para escrutar ansiosamente lo que iba a suceder unos minutos más tarde. Un terrible enigma les atormentaba; los dos triángulos terrestres conocidos con ios nombres de Rapateh del Norte y Rapateh del Sur -Norteamérica y Sudamérica- habían sido totalmente

invadidos y asolados por las hordas de «infernales» en un espacio de tiempo que no alcanzaba a las veinticuatro horas. El grupo de sabios y militares se preguntaba qué ocurriría cuando los apocalípticos monstruos llegaran a las costas del continente. ¿Quedaría frenado el impulso avasallador de los millones y millones de seres salidos de las entrañas del globo, o este empuje seguiría su curso sobre la superficie de los mares para rebasar otras islas y continentes?

El comandante Leyens, de las Fuerzas Aéreas, fue el primero en apercibirse de la horrenda verdad.

Su voz puso una nota de angustia en el minúsculo compartimiento del torreón donde se apiñaban media de docena de hombres más.

-¡Los «infernales» acaban de lanzarse al agua y vienen hacia aquí! ¡Los tendremos en la isla antes de cinco minutos! ¡Mírenlos cómo nadan!

Los diversos prismáticos de campaña pasaron de mano en mano para comprobar la veracidad de lo que Leyens terminaba de aseverar.

El panorama que podía contemplarse a través de uno de aquellos anteojos era realmente espeluznante. Por los escarpados acantilados que formaban la costa se desparramaba una masa blancuzca y movible que ya comenzaba a extenderse sobre el azul del mar a lo largo de un área tan extensa que un sencillo cálculo permitía predecir los minutos que tardaría en cubrir todo el horizonte visual.

Una enorme escuadrilla de aviones de bombardeo surgió de detrás de las montañas y descendió sobre el agua dejando caer su mortífero cargamento. Las explosiones y las nubes de espuma y humo se sucedieron simultáneamente. De pronto, el cielo se vio surcado por infinidad de haces centelleantes que envolvieron a los aviones. La mayoría de éstos estallaron en el aire, mientras los restantes caían envueltos en llamas. Aquellos rayos flamígeros disparados por los «infernales» cesaron de verse en cuanto la flota aérea fue aniquilada.

Disipada la cortina de humo, el espectáculo que se ofreció a los espectadores de la isla de Gronx rebasó todo lo imaginable. El mar se hallaba cubierto por completo por aquellos seres de pesadilla. Sus formas alargadas y reptantes se deslizaban raudas sin importarles los embates de las olas.

Un grupo compuesto por varios centenares se acercaba a la isla por el lado sur de la misma. El comandante Leyens alzó su brazo derecho y dio la

orden de disparar.

Sonaron dos detonaciones casi seguidas. Del flanco izquierdo del torreón surgieron vertiginosos otros tantos torpedos atómicos que, cayendo horizontalmente sobre el agua, enfilaron sus puntiagudas proas hacia la bandada de monstruos.

Al hacer explosión los torpedos saltaron sendas columnas de fuego y espuma que ocultaron la escena durante unos instantes.

Dotado del anteojo más potente, Gay Fleminger, uno de los científicos del grupo, dejó escapar una exclamación de asombro y horror.

-¡Los «infernales» se reproducen por fragmentación! ¡Ahora son millones los que nos rodean! ¡Ése ha sido nuestro maldito error!

-¿Qué quiere decir, Fleminger? -interrogó Leyens presa de la excitación. Su pregunta carecía de sentido pues la realidad le mostraba que la afirmación del científico era una verdad indubitable.

-Al intentar destruirlos no hemos hecho más que favorecer la invasión -replicó Fleminger-; cada fragmento, cada pedazo de un monstruo o simplemente una minúscula partícula se convierte automáticamente en otro ser perfectamente organizado. Una bomba atómica que estalle en medio de un grupo de cincuenta «infernales» puede originar una nueva raza compuesta de millones y millones. ¡Y lo diabólico es que ya las han originado!...

Su voz se quebró en un rugido de indignada impotencia. Una de sus manos asió el revólver que asomaba por la sobaquera e intentó llevárselo a la sien. Leyens le arrebató el arma de un manotazo al tiempo que le increpó violentamente:

-¡No cometa esa insensatez! Moriremos como hombres o nos salvaremos si Dios lo quiere.

-¡Salvarnos! -ironizó Fleminger fuera de sí-. ¡Si ya están subiendo por la pendiente que conduce al torreón! La puerta se abrirá de un...

No pudo acabar de decirlo. Con un golpetazo horrísono la puerta se abrió de par en par. Asomó un palpitante montón de cabezas achatadas y dotadas de un solo ojo; luego, los cuerpos alargados y metálicos de los «infernales» se introdujeron en el aposento. Paralizados por el terror, ninguno de los presentes tuvo presencia de ánimo para actuar instintivamente. El ambiente se impregnó de un olor penetrante y azufroso; rugidos ininteligibles acompañaban cada movimiento de los monstruos; de afuera llegaba un rumor

sordo y escalofriante que se entremezclaba con el rítmico golpeteo de las olas contra los acantilados.

El comandante Leyens retrocedió al ver que uno de los «infernales» se deslizaba hacia sus pies. Horrorizado por la presencia inmunda del ser, pudo percatarse sin embargo de su aspecto demoníaco; su ojo, negro y reluciente, vibraba a cada impulso de sus extremidades; del triangular cráneo asomaban por su parte inferior dos retorcidos incisivos que se curvaban hacia arriba como antenas óseas. Todo su cuerpo estaba formado por gruesas escamas plateadas y sobre el dorso se destacaba una especie de tentáculo negro semejante a un periscopio.

Leyens tenía todavía el revólver arrebatado a Fleminger. Casi sin darse cuenta, obrando como un autómata, apuntó al «infernal» y apretó el gatillo. Jamás supo si había dado en el blanco. Un haz de luz violácea brotó del tentáculo y envolvió en una llamarada al comandante. Simultáneamente, las paredes del torreón se resquebrajaron, el techo se desplomó y todo quedó reducido a escombros humeantes.

En distintas circunstancias, aquella escena se fue repitiendo a lo largo y ancho del globo terráqueo. Los infernales reproduciéndose por fragmentación, prosiguieron su alucinante labor aniquiladora sin hallar obstáculos de ninguna clase; barcos de guerra, trasatlánticos, islas, arrecifes, naciones enteras y continentes sufrieron la invasión.

Los cálculos más pesimistas fallaron estrepitosamente. Los seis días vaticinados por los hombres para que la ocupación mundial de los «infernales» tuviera lugar quedaron reducidos a cuarenta horas.

¡Cuarenta horas iban a bastar para que la humanidad de Karlah quedara exterminada!

CAPÍTULO IX

-¡Buenas noches, señor Kurlan! -saludó respetuosamente el encargado jefe del laboratorio, un joven chino de enérgicos y vivos modales-. Durante las dos últimas horas he registrado más de cincuenta llamadas telefónicas preguntando por usted. Verá los nombres en esta lista. Y a propósito, profesor ¿cree que los «infernales» llegarán hasta aquí también?

Envuelto en un enorme abrigo, con un sombrero que le cubría hasta las cejas y los ojos ocultos por unas gruesas gafas negras, Kurt Kurlan se detuvo apenas un instante para escuchar a su secretario y luego continuó hacia la puerta que daba acceso a su «sancta sanctórum». Cuando estaba a punto de entrar se giró levemente y dijo con voz áspera y desprovista de matices:

-Dé orden a todo el personal para que se marche a sus casas. Los «infernales» acaban de llegar a las costas del continente. No habrá más trabajo aquí. Dígaselo a todos y que se vayan inmediatamente.

En las facciones del chino apareció una ligera expresión de sorpresa.

-¿Y usted, profesor? -inquirió-. ¿Se va a quedar sólo aquí? Puedo quedarme si lo desea...

La enguantada mano de Kurt Kurlan hizo un ademán significativo que cortó los ofrecimientos de su secretario. A continuación se introdujo en el gabinete y cerró la puerta con llave.

Acto seguido se operó en el científico una curiosa transformación. Primeramente se despojó del abrigo y el sombrero. Luego se dirigió a un espejo y se quitó las gafas. Los dos repliegues que deberían haber formado las cuencas de sus ojos se agitaron brevemente para convertirse en dos salientes membranosos provistos de una pupila en cada extremo. Unas cuantas manipulaciones en su faz hicieron que de ésta se desprendieran gruesos añadidos de cera coloreada, quedando las facciones reducidas a un óvalo alargado carente de pómulos y nariz. En la rugosa y rojiza superficie epidérmica sólo se destacaba una boca prominente a modo de ventosa. Su peluca cayó al suelo también, dejando al descubierto un cráneo al que iba adherido un casco de dorados reflejos metálicos. Por último, Kurt Kurlan se desprendió del traje y los guantes. Todo su cuerpo apareció enfundado en una cota de malla también metálica y de diversas tonalidades. Sus manos, garras contráctiles de ocho dedos, trazaron un invisible dibujo en el aire como queriendo recobrar una elasticidad perdida.

El inhumano ser se dirigió a uno de los extremos del aposento en el que había un complicado aparato emisor. Tras encenderlo se sentó frente a él.

-Habla el Supremo Gran Jefe Kurt Kurlan -su voz salió de la ventosa con un extraño matiz gutural-. Ha llegado el momento de la Salvación de las Almas. Contesten si están todos dispuestos para el sacrificio.

Repitió dos veces la llamada. Al cabo de unos segundos empezaron a iluminarse unos círculos diminutos adosados al frontal del emisor. Algunos, los situados al final de la hilera, no se encendieron.

-Atención los que estén a la escucha -dijo Kurlan-. Disparen ya...

Un instante después se apagó toda la hilera de círculos. Kurt Kurlan desconectó el emisor y se puso rápidamente en pie. Con una fantástica celeridad de movimientos descorrió un enorme panel que comunicaba con un aposento contiguo y fue a introducirse en él. Sin embargo, se detuvo al escuchar unos golpes en la puerta. Los tentáculos que oficiaban de ojos sufrieron una agitación momentánea. Era evidente que los golpes de la puerta habían sorprendido al monstruoso ser.

Sonaron varios disparos; la cerradura saltó destrozada y la puerta se abrió violentamente para dar paso a Tecumseh Carson.

De momento, el joven terrestre quedó paralizado por el estupor al contemplar al absurdo engendro que tenía frente a sí. Y su asombro fue todavía mayor cuando escuchó su voz áspera y desarticulada hablando en inglés.

-¡Márchese inmediatamente! ¡Márchese...!

Carson vio como la garra izquierda del monstruo se deslizaba hacia una especie de cilindro que colgaba de su estrecha cintura y actuando instintivamente hizo fuego una vez. La garra desapareció totalmente quedando sólo un muñón humeante y viscoso. El horrible ser no evidenció dolor alguno. Únicamente sus ojos adquirieron una movilidad extraordinaria.

-¿Qué desea de mí? -preguntó aquél. Y volvió a repetir más despacio-: ¿qué desea?

En ese momento, el suelo sufrió una gran sacudida sísmica. A efectos de ella, las lámparas y los objetos que llenaban el aposento se desplazaron de sus sitios produciendo un ruido ensordecedor.

Carson comprendió que había llegado demasiado tarde; y comprendió también la razón que había existido para que la destrucción del mundo cuajara

en una espantosa realidad. Aquel gabán negro, las facciones de cera, la peluca y las gafas constituían el disfraz de un ser que no pertenecía a la raza humana, de un ser enviado por otro planeta con la misión exclusiva de llevar a cabo un exterminio total. Este suceso se estaba produciendo, pero no de la forma planeada por el falso Kurt Kurlan. La invasión de los «infernales» constituía un factor inesperado, un factor que, no obstante, contribuía también a la maquiavélica conspiración.

Carson pensó en Jake y Aida que le estarían aguardando impacientes a bordo de la astronave. Y también se acordó del doctor Gusstimberg al que había prometido salvarle.

Se apoderaron de él unas ansias irrefrenables de venganza. El miedo y el asombro desaparecieron para dar paso únicamente a la ira.

Levantó el revólver para disparar contra el cráneo del monstruo. Y, de pronto, sintió como si una fuerza misteriosa le imposibilitara para moverse y actuara sobre su voluntad frenándole todo impulso vital. Una dulce lasitud se apoderó de él y de sus sentidos. Algo le invitaba a dormir, a dejarse llevar por la inconsciencia; una sugestión propicia para abandonar las ideas de lucha y de supervivencia. Aquellas dos pupilas que vibraban al extremo de sus respectivas prominencias parecían estar dotadas de un poderoso influjo magnético. La mermada capacidad de raciocinio de Carson le impidió darse cuenta de que estaba siendo hipnotizado.

La única garra ilesa del monstruo asió el cilindro que llevaba colgado al cinto, lo levantó poco a poco y lo extendió hacia adelante, apuntando al pecho del terrestre. Éste, completamente vencido en el duelo hipnótico, abrió la mano y dejó caer el revólver.

-Sépalo antes de morir, necio -susurró el falso Kurt Kurlan-; el exterminio de Karlah ha sido decretado por el Gran Reino del Sol X-88. Dentro de unas horas, este planeta quedará inscrito en la serie de mundos experimentales. Y ahora...

Una terrible conmoción sacudió el suelo del aposento y resquebrajó sus paredes. Carson fue proyectado contra una enorme estantería al mismo tiempo que un vivísimo rayo de luz brotaba del cilindro empuñado por el monstruo yendo a desintegrar todo cuanto encontró a su paso en el punto exacto donde el joven se encontraba un instante antes.

El dolor que le produjo el golpe sufrido contra la estantería devolvió a

Carson a su estado normal. Instintivamente, cegado por un impulso homicida, Tecumseh se abalanzó hacia su enemigo. Su puño derecho descargó terroríficamente sobre sus apéndices visuales. El siguiente impacto fue dirigido a la garra que sujetaba la mortífera arma. Ésta cayó al suelo con estrépito mientras el monstruo se retorcía presa del dolor.

Percatado de su circunstancial ventaja sobre el adversario, Carson recogió el revólver e hizo fuego repetidas veces. El pseudo terrestre quedó fragmentado en mil pedazos al recibir los impactos del plomo. Una humareda acre y pegajosa se extendió por todo el aposento haciendo el aire irrespirable.

Carson salió a toda prisa del edificio. El espectáculo que se ofreció a su vista podía calificarse de dantesco. Casas semiderruidas, humeantes quebraduras en el terreno, gentes que huían atemorizadas, vehículos lanzados a vertiginosas velocidades, caballos que relinchaban espantados, inmensas hogueras por doquier. Y como contrapunto, un rumor lejano y prolongado que, a intervalos, se convertía en explosiones.

Un automóvil negro de líneas modernísimas se apartaba en aquel momento de la acera disponiéndose a unirse a la huida general. En una fracción de segundo, Carson vislumbró la posible salvación. Corriendo al lado del vehículo abrió una de las portezuelas delanteras y se colocó al lado del conductor, un hombre joven vestido de etiqueta y de rasgos occidentales.

-¡Lléveme a donde le diga! -le ordenó apuntándole con el revólver-. ¿Me ha comprendido?

Al mismo tiempo que hundía el pie en el acelerador, el conductor hizo un gesto de incomprensión. Pronunció su respuesta en un idioma que Carson no entendió. Éste sacó del bolsillo su mapa y le mostró la carretera a la vez que le presionaba significativamente con el cañón del arma.

El conductor asintió y dobló la esquina hacia la derecha. Las escenas se sucedían apocalípticamente. Algunos coches aparecían convertidos en un montón de chatarra víctimas del enloquecimiento de sus ocupantes. Por todas partes se oían gritos de pánico y dolor, estruendos producidos por las casas al derrumbarse, sirenas de automóviles oficiales queriéndose valer de su primacía para abrirse paso.

Cinco minutos después dejaban atrás la ciudad para internarse en la carretera. Carson temió que el individuo que conducía el coche tomara por su cuenta un rumbo distinto al que él le ordenara. Para amedrentarle, de vez en

cuando aumentaba la presión de su revólver y le mostraba el mapa.

Sólo una cosa le infundía ánimos para intentar la salvación: el planeta Titán II continuaba en el mismo sitio como queriendo asistir al pavoroso final de Karlah. Si lograba encontrar la astronave y sus amigos le aguardaban allí, quizá hubiera tiempo para despegar antes de que una tercera sacudida terminase con todo.

Consultó su reloj. Eran cerca de las dos de la madrugada. La oscuridad de la carretera no permitía distinguir los paisajes que se extendían a ambos lados, por lo que la orientación resultaba cada vez más difícil.

Carson recordaba haberle dicho a Jake Ley que, sobre aquella hora, disparase desde la astronave una bengala verde cada dos minutos con el fin de poder localizar el lugar de la cita. Lo que quedaba por resolver, y ésta era la principal causa de la inquietud de Carson, es si Jake y los demás habrían sido capaces de hallar la astronave, o por el contrario se habían perdido en la selva.

La desazón de Carson aumentaba por instantes. Dada la velocidad del automóvil deberían estar muy cerca del lugar o haberlo sobrepasado.

De pronto, una cascada de fuego verde se abrió sobre sus cabezas, seguida de otra roja un poco más a la derecha.

A Carson se le heló la sangre en las venas. La luz roja indicaba peligro. ¿Qué le estaría ocurriendo al grupo aislado en la selva?

-¡Alto! -ordenó al conductor acompañando la voz con un gesto indicativo de que debía detenerse.

El chófer obedeció instantáneamente. Carson abrió la portezuela y saltó afuera. Guardándose el revólver hizo señas amistosas al otro tratando de explicarle que le acompañara. Pero, lejos de hacerle caso, el conductor puso el coche nuevamente en marcha y desapareció en la oscuridad de la noche.

Otras dos bengalas, una roja y otra verde, desparramaron su resplandor sobre las copas de los árboles de la parte derecha de la carretera.

Carson se adentró en la selva corriendo con toda la velocidad que le permitían las piernas. Saltando obstáculos, dejando la ropa a jirones entre los zarzales, cruzando por entre nubes de mosquitos, fue aproximándose hacia el punto en donde supuso se hallaban sus amigos.

Toda la selva estaba en conmoción. Por doquier se oían ruidos delatores de las fieras y alimañas en desbandada. Una enorme sombra amarillenta cruzó por delante de Carson a una distancia tan próxima que

estuvo a punto de sobrevenir el encontronazo. No podía ser otra cosa que un tigre, supuso el joven, pero este pensamiento ni siquiera le inquietó. En aquellos angustiosos momentos su única preocupación estribaba en hallar la astronave.

Otro nuevo juego de bengalas estalló en el cielo. Le invadió una alegría sin límites al escuchar el estampido inicial de la propulsión. Debía estar muy cerca ya. Deteniéndose un instante, llenó de aire los pulmones y gritó con todas sus fuerzas el nombre de Jake Ley. La respuesta le llegó clara, inconfundible.

Varios haces de luces se encendieron detrás de unos matorrales próximos. Casi a la misma vez, el suelo retembló con terrible intensidad. A la izquierda de Carson se desgajó un enorme árbol y cayó con estrépito. Los aullidos de las fieras componían un concierto escalofriante.

Por fin, Carson salió al claro del bosque y vio la astronave con las luces encendidas. Aida, Jake y el doctor Gusstimberg estaban fuera esperándole.

Sintiendo que había llegado al final de sus fuerzas. Tecumseh recorrió tambaleándose el corta trecho que le separaba de ellos.

-¡Instálense en sus puestos! -instó jadeante-. ¡Despegaremos ahora mismo!

Reservando las muestras de júbilo y alborozo para mejor ocasión, los amigos de Carson se introdujeron dentro de la astronave acomodándose en los asientos respectivos. Las puertas y escotillas fueron cerradas herméticamente y un instante después los dos reactores atómicos rugieron horrísonos.

Carson dispuso los mandos para la ascensión vertical y disparó los cohetes propulsores. Una inmensa llamarada brotó de las toberas de la astronave e iluminó la noche; acto seguido, el enorme artefacto de acero y plástico comenzó a subir dejando atrás la selva.

Forzando al máximo la combustión de los gases, Tecumseh mantuvo su vista fija en el altímetro. Mil quinientos... tres mil... ocho mil... diecisiete mil... Al llegar a los veinticinco mil metros enderezó el vuelo y conectó el piloto automático fijando el rumbo de Titán II. La velocidad superior al sonido de la astronave hacía que en ésta reinara un silencio completo.

Con las huellas del cansancio impresas en su rostro, Carson se volvió a sus compañeros. En su expresión aleteaba una sonrisa de triunfo.

-Hemos escapado de una buena, ¿verdad, amigos? -preguntó con voz todavía agitada por los esfuerzos anteriores.

-No lo sabes bien, querido -repuso Aida mirándole admirativamente-. Echa una ojeada hacia, abajo y verás de lo que nos hemos salvado.

Tecumseh tomó un largavistas y se ladeó en el asiento para mirar a través de una escotilla plástica situada en la parte inferior de la cabina.

Completando la visión con lo que pudo imaginar, su mente formó un cuadro que le erizó el cabello. Todo lo que era el suelo parecía cubierto por una sábana blanca de ilimitadas proporciones. La luz de la luna arrancaba de aquella superficie destellos metálicos y fosforescentes, cual si en lugar de tierra lo que había debajo fuese un mar de mercurio. A lo lejos, donde el horizonte se perdía, se elevaban difusos resplandores que alcanzaban elevadas alturas, dando la sensación de ser auroras boreales.

-Los «infernales» dominan ya la total superficie del planeta -informó el doctor Gusstimberg-. Cinco minutos más que hubiera tardado usted y no nos habría encontrado. La emisora de la ciudad estuvo radiando noticias sobre el particular hasta que el segundo temblor de tierra la hizo enmudecer.

-¿Encontró a Kurt Kurlan? -preguntó Jake Ley.

Carson afirmó con la cabeza.

-Fue algo de pesadilla -contestó, explicando a continuación los pormenores de su odisea.

-Por lo que has contado, es de suponer que el planeta Karlah no tardará en convertirse en un sol -dijo Aida-. Cuando las reacciones nucleares internas lleguen a su punto máximo sobrevendrá la fisión de la corteza superior; ¿no es eso?

-Lógicamente sí -replicó Carson-. Lo que hace falta es que eso ocurra cuando hayamos llegado a Titán II. En el caso contrario la radiactividad nos desintegraría también a nosotros.

- * *

Tres horas después, la astronave «Levania» se posaba sin novedad en Titán II. Y treinta minutos más tarde, el grupo compuesto por sus cuatro tripulantes presenciaba el insólito espectáculo de un astro convertido en una bola de fuego.

CAPÍTULO X

La medida del tiempo perdió su significación para los cuatro terrestres que habitaban el planeta errante. Vagando caprichosamente por los inconmensurables ámbitos del universo, Titán II carecía de puestas de sol y amaneceres que regularan el proceso de los días. Se sucedían las noches interminables y los días fugaces, enlazados por rapidísimas mutaciones. Sólo un factor se conservaba fijo, sin variaciones notables: la temperatura. Quizá fuera aquella la característica más sorprendente del planeta; y desde luego, la que suscitaba mayores controversias en el grupo de exilados.

En una ocasión, Tecumseh Carson expuso una teoría que, si absurda, se ajustaba a los extraños fenómenos observados.

-¿Y si este planeta estuviera formado por un único ente viviente? -preguntó a sus compañeros recién acampados después de una larga caminata exploratoria-. No sé si me comprenderán; procuraré explicárseles en un sentido más o menos figurado. Supónganse que Oldham es un enorme animal de forma redonda, como un erizo por ejemplo; un animal al que atribuiremos una inteligencia extraordinaria y unas facultades físicas fabulosas. Su piel es la corteza que integra el suelo, su cabeza puede tenerla dispuesta en el interior al igual que muchas especies de monstruos marinos, sus extremidades tal vez no existan. ¿Qué hay que le impida desplazarse a la velocidad que se le antoje, burlando frágiles leyes que a nosotros se nos representan inmutables por el simple hecho de nuestra insignificancia?

El doctor Gusstimberg negó con la cabeza al tiempo que sonreía irónicamente.

-¿Usted se da cuenta de la grandiosidad de Titán II? ¿Cómo se puede aceptar una hipótesis en la que el dato principal falla absurdamente? ¿De dónde saca usted que pueda existir una bestia tan enorme?

Tecumseh le devolvió la sonrisa.

-Sin ir más lejos, en Karlah se dan tales desproporciones -replicó-. Compare usted las dimensiones de una bacteria con las de un elefante; saque la relación numérica exacta y comprobará que la diferencia es mayor que la que existe entre Oldham y nuestros cuerpos. Y ahora vamos con las leyes naturales. ¿Podrá una bacteria apagar por sí sola una hoguera de un metro cuadrado? No; quedaría inexorablemente destruida al aproximarse. Por el contrario, a un elefante le bastaría con pisar un par de veces dicha hoguera, y

no sufriría la menor quemadura. Como éste, podría ponerle miles de ejemplos demostrativos. Ahora bien, si la bacteria fuese inteligente, ¿qué pensaría al posarse sobre el elefante? Sencillamente, que aquel era un mundo irrebasable; sus facultades mentales y sus sentidos no alcanzarían a desarrollarse lo suficiente para imaginar que su mundo era otra minucia comparada con la cordillera de Los Andes. En ese caso creo que estamos nosotros, mi querido Gusstimberg.

-Sus explicaciones demuestran una sagaz fantasía -contestó-. Quizá lograse usted convencerme si pudiera dejar bien sentado que la inteligencia no es un privilegio exclusivo de los hombres de Karlah. Por lo que a mí respecta, las facultades intuitivas y el poder de raciocinio no existen más allá de las fronteras espaciales de Karlah.

Jake Ley, Aida y Tecumseh cruzaron inconscientemente sus miradas. Gusstimberg ignoraba sus procedencias terrenas y por tanto no sospechaba el regocijo interno que en ellos estaba provocando con sus dogmáticas aseveraciones.

-Algún día, Gusstimberg, le sacaremos de su error -declaró Carson con acento enigmático-; ese día comprenderá muchas de las cosas que a usted le han extrañado desde que penetró en la astronave. Cuando llegue esa ocasión se convencerá de que en otros mundos hay seres tan inteligentes o más como los de Karlah.

-Todavía le falta desarrollar parte de su teoría -intervino Jake Ley, fascinado con el tema de la conversación-. Aceptando que este planeta sea ese descomunal ser vivo que usted ha dicho, ¿qué relación tiene eso con la uniformidad de las temperaturas y el ruido que le acompaña en sus desplazamientos?

-Se cae de su base, amigo Ley -repuso Carson-. Todos los seres vivos mantienen uniformemente sus temperaturas independientemente del medio exterior que los rodea. Lo mismo da que usted viva en Groenlandia o en el Cabo de Hornos: su temperatura siempre será de treinta y siete grados aproximadamente. Y en cuanto al ruido, ¿qué animal no lo produce al andar, nadar o volar? Sencillamente ninguno.

-Apartándonos del tema -volvió a intervenir Gusstimberg-. ¿Por qué aluden a los lugares con esos nombres tan extraños? ¿Qué significan Groenlandia y Cabo de Hornos?

-A su tiempo lo sabrá -replicó Carson interesado en completar su teoría-. Siguiendo con las suposiciones, me atreveré a decir que Oldham no se comporta tan excéntricamente como aparenta. Sus evoluciones, sus cambios de trayectoria y sus variaciones de velocidad deben obedecer a un plan preconcebido. Estoy completamente persuadido de que no se aproximó a Karlah por mera casualidad; su acercamiento en aquellos momentos apocalípticos fue, sin duda, un desesperado esfuerzo para salvar a la humanidad. Sólo que las estúpidas leyes de Karlah y la invasión de los «infernales» impidieron que, por lo menos, un considerable contingente de sus habitantes se trasladara aquí.

-Como argumento poético me parece admirable -declaró Gusstimberg-; como demostración de los hechos, es una solemne tontería...

El clásico rumor interno que precedía a los desplazamientos de Titán II interrumpió la frase del doctor. Acostumbrados por la frecuencia con que se producían e inmunes a sus efectos, los componentes del grupo se dispusieron a contemplar el siempre fascinador espectáculo.

Comenzó por un leve vaivén de las estrellas, un movimiento ondulatorio de izquierda a derecha y viceversa; después, el ruido interno se intensificó notablemente y con él cambió la decoración astral. Como un brote de fuegos artificiales con sus luminarias desparramándose en todas las direcciones, así surcaron el cielo las estrellas. De improviso, la aparición de un radiante sol borraba las tinieblas en períodos de tiempo infinitesimales. Aquel fantasmagórico deslizar de luces duró aproximadamente un cuarto de hora. Paulatinamente, los astros fueron inmovilizándose, conservando las distancias entre sí, fijando su posición definitiva. No obstante, Titán II seguía ahora una lenta trayectoria hacia un cuerpo iluminado parcialmente. Detrás de este cuerpo, a su izquierda, brillaba espléndidamente un sol de reducidas dimensiones.

Impulsado por un súbito presentimiento, Tecumseh Carson echó a correr hacia la astronave para regresar al cabo de unos instantes portando un juego de prismáticos. Ante la sorpresa de los demás, viéndole tan excitado, enfocó el largavistas en dirección al planeta a que se aproximaban.

Carson dejó escapar un salvaje grito de alegría.

-¿Qué es lo que ocurre, Tecumseh? -inquirió Aida levantándose para acudir junto a él. Un asomo de esperanza y ansiedad matizó su voz-. No... no

será...

-¡Sí lo es! -exclamó Carson-. ¡Es la Tierra, nuestro mundo! ¡Volvemos a él por fin!... ¡Se ha hecho el milagro de Dios!... ¡Venid, venid todos aquí, mirad a la Tierra!

Ante el estupor del doctor Gusstimberg, que cada vez comprendía menos lo que ocurría, Jake Ley arrebató los anteojos a Carson.

Su reacción fue un incontenible estallido de júbilo. Por un momento dio la sensación de hallarse al borde de una crisis nerviosa. Gritó, pataleó, dio saltos que en otras ocasiones habrían despertado la admiración de los espectadores, pasó de la risa al sollozo emocionado y, por último, se postró de rodillas murmurando una oración de gracias al Hacedor.

-¿No cabe que sea un error, Tecumseh? -preguntó Aida pugnando por conservar la serenidad-. Me refiero a si no nos hallaremos ante otro mundo gemelo.

-Por favor, ¿no podrían hablar más claro? -intervino el doctor Gusstimberg-. A veces, cuando les oigo, me hacen pensar si no habré sufrido algún trastorno mental que me imposibilita para comprenderles.

Carson le dio una palmada en la espalda que casi le hizo perder el equilibrio.

-¡Tranquilícese, amigo! Su cabeza funciona a la perfección como corresponde a un insigne galeno de Karlah. Pero nosotros, mi querido Gusstimberg, no somos de Karlah sino de otro planeta muy distante, de un mundo en el que también hay seres inteligentes como la señorita Wallace, su paciente, como el señor Ley... y como yo. Y ese mundo, en el que hemos nacido, es el que estamos viendo acercarse, o mejor dicho, es el mundo a que nos estamos acercando. Coja los anteojos y fíjese bien en él, observe su similitud con Karlah; esos dos grandes triángulos que está usted viendo en el centro de la esfera son América del Norte y América del Sur; en su planeta se denominaban Rapateh del Norte y Rapateh del Sur. Ahí está el misterio de los nombres cambiados; su mundo y el nuestro son gemelos, idénticos en todo, hasta en las facciones de sus habitantes.

Gusstimberg le escrutó incrédulo.

-¿Me está contando un cuento de hadas? -inquirió-. Me temo que son ustedes los trastornados.

Tecumseh arrancó los prismáticos de la mano de Jake Ley y se los

entregó al doctor.

-Tómese la molestia de examinar el planeta y después me dará la razón. Fíjese bien en todos los detalles.

Gusstimberg así lo hizo durante varios minutos. Al concluir el reconocimiento su semblante reflejaba un profundo desconcierto.

-Son idénticos, desde luego -concedió-. Entonces... entonces ustedes no son de Karlah... ¡Es increíble! ¡Jamás creí que existieran seres infrahumanos!...

-¡Alto ahí! -protestó Jake Ley-. Nosotros somos tan humanos como usted. A ver si ahora nos va a catalogar como monstruos dignos de ser disecados.

-Venga conmigo, doctor -terció Carson-. Va a escuchar algo que le gustará.

Seguido por los demás, Carson penetró en la astronave y conectó el radioemisor.

En medio de una ansiedad indescriptible, la voz de un locutor terrestre, una voz familiar para Carson y los suyos, se elevó en el silencio de la cabina.

-«...y después de dos minutos de inexplicable ausencia, Titán II vuelve a aproximarse a la Tierra. Ya lo vemos con entera claridad. Es algo sensacional, señoras y caballeros. Nuestras insignificantes mentes jamás podrán imaginar a qué ignoto lugar de los espacios siderales se ha desplazado este planeta para luego volver en el transcurso de sólo dos minutos. ¿Qué fantástica velocidad será la suya? ¿De qué poderes inconmensurables estará dotado para burlar todas las leyes naturales? Sí, señoras y caballeros, Titán II regresa nuevamente para maravillarnos con su presencia. Yo me pregunto, al igual que todo el mundo lo estará haciendo en estos instantes, ¿qué habrá sido de la astronave «Levania» y sus tres tripulantes? ¿Conseguirían llegar a su destino o volarán errantes por el Universo? ¡Qué gran aventura la emprendida por Aida Wallace, Jake Ley y Tecumseh Carson!... Una aventura de titanes que ha despertado la admiración mundial. Dos hombres y una mujer cuyos sacrificios quedarán siempre grabados en nuestras mentes. Lástima que el mérito de la hazaña sea rebajado por los motivos que impulsaron a Tecumseh Carson, un hombre que huyó de la Tierra para salvarse de la silla eléctrica. Pero todos modos, la ciencia astronáutica ha ganado con ello...»

Carson cerró el conmutador.

-¿Se ha convencido, doctor? -preguntó. Era evidente que su júbilo se había enfriado un tanto al escuchar las alusiones del locutor.

-Si sólo han transcurrido dos minutos, ¿cómo es posible que hayan sucedido tantas cosas desde que despegaron de la Tierra?

-Muy sencillo -contestó Carson-. Las diferencias de tiempo se han compensado con los desplazamientos de Titán II a velocidades superiores a la de la luz. Por ello es indudable que este planeta posee una inteligencia autónoma. Sus idas y venidas a lo largo de la inmensidad sideral han sido cuidadosamente preconcebidas y calculadas. Su misión ha sido salvar a la Tierra de un desastre semejante al que acabó con Karlah.

-No le comprendo bien, Carson. ¿Por qué la Tierra...?

-Es largo de explicar -atajó Tecumseh impaciente-. Cierren las portezuelas y sujétense a los cinturones. Vamos a regresar a la Tierra.

Aida se le interpuso en su acción de poner en marcha los motores de la astronave.

-¿Y tú? -inquirió mirándole anhelante-. Te van a juzgar por un delito que no cometiste, irás a la silla eléctrica. No cometas esa locura, Tecumseh. Nosotros no tenemos ningún interés en ir a la Tierra, ¿verdad, amigos?

Jake Ley titubeó un poco antes de contestar.

-Desde luego que no -dijo al fin-. En Titán estaremos bien. Quizá algún día se nos presente la oportunidad de ir a otro mundo más confortable y juicioso que la Tierra. Yo renuncio a volver.

-Lo mismo digo -declaró Gusstimberg-. No sé de qué hablan pero me someto al voto de la mayoría.

Carson se echó a reír. De uno de sus bolsillos extrajo el recorte de periódico obtenido en Karlah.

-Lea esto, doctor -dijo entregándoselo-. Es la historia del crimen que cometí.

Gusstimberg leyó el recorte y luego se quedó mirando fijamente a Carson.

-¡Que me aspen si entiendo una palabra! -exclamó en el colmo de la perplejidad-. ¿Qué tiene que ver este asesinato cometido hace veinte años con el que le achacan a usted?

-Paciencia, mi querido Gusstimberg; poco a poco le iremos ayudando

a asimilar los misterios de los mundos gemelos. Lo interesante es que con este recorte me salvaré de la silla eléctrica; y más interesante aún es que Aida se curará también de su enfermedad. Usted dijo que la aplicación de los rayos «wagma» en el tratamiento del cáncer data del año 1960, y como quiera que Aida ha sido sometida a una sesión que le permitirá vivir tres años, resulta que, hallándonos en 1959, falta un solo año para que la ciencia descubra la milagrosa panacea, de donde se deduce que a su paciente todavía le sobran dos para poderse curar.

Gusstimberg se cogió la cabeza con las manos.

-Creo... creo que me va a dar una congestión cerebral -gimió lastimeramente.

-También le curaremos de ella -bromeó Carson-. Sujétense a los cinturones. Dentro de un minuto emprenderemos el vuelo de retorno. Y quizá dentro de una semana pueda vérmelas con Kurt Kurlan.

-¿Kurt Kurlan? -el galeno abrió los ojos desmesuradamente-. ¡Santo Dios, si Kurt Kurlan fue muerto por usted!...

-Lo volveré a matar -contestó Carson tranquilamente.

Jake y Aida tuvieron que sostener a Gusstimberg, que se tambaleó a punto de desmayarse.

CAPÍTULO XI

El juez Wantrous se aclaró la garganta, echó una ojeada por encima de sus lentes al estrado de los testigos, y dijo:

-Oída la detallada exposición de los hechos que acaba de hacer el señor fiscal, resulta evidente que la falta de testigos por parte de la acusación no impide que la vista se continúe. El abogado defensor puede hacer uso de la palabra.

Donald McLean se puso en pie.

-Baso la defensa del acusado en la autenticidad de este documento en orden como diversas pruebas. Establecida por los peritos dicha autenticidad, como les consta al señor juez y a los demás señores de la sala, espero que la causa sea sobreseída sin más dilación.

-Protesto -dijo el fiscal Warner-. La aportación de una prueba cuya fecha de creación corresponde a un tiempo futuro la considero inaceptable, inadmisible, improcedente y derivada de un delito de falsedad. ¿No es francamente ridículo el móvil de la defensa al presentar un recorte de periódico cuya fecha es la del 20 de octubre del próximo año?

-Pregunta objetada como inadmisible e inoportuna -intervino el juez Wantrous-. Técnicamente la prueba presentada por el señor abogado defensor ha sido aceptada.

Un murmullo de expectación se levantó en la sala. El fiscal Warner parpadeó ligeramente asombrado y se sentó.

-La petición hecha en nombre de mi representado -prosiguió el abogado McLean- para que el juicio fuera aplazado un par de semanas, está fundada en el deseo completamente lícito de que los científicos que estudian el experimento llevado a cabo por la astronave «Levania» dicten su veredicto sobre las afirmaciones hechas por su tripulación. Pero si el señor juez considera innecesaria la prórroga solicitada, no me quedará otro recurso que introducir en la cansa a testigos ajenos a la misma. ¿Tendría el señor fiscal la amabilidad de decir a la sala en qué sentido funda improcedente la prueba del recorte del periódico?

Warner se levantó con una sonrisa triunfal en los labios.

-En su fecha, y en que, hasta ahora, nadie ha podido demostrar que el hombre haya viajado a través del tiempo.

-Si yo demostrara ahora mismo que, efectivamente, las cuatro

personas que han integrado la tripulación de la astronave «Levania» sí han viajado a través del tiempo, ¿aceptaría el señor fiscal la prueba del recorte de periódico?

-Si esa demostración fuera aceptada unánimemente por el señor juez, por los señores del jurado, por los testigos, por el público y por los periodistas, no tendría inconveniente en aceptarla yo también.

-¿Y el señor fiscal retiraría su acusación de asesinato a cargo del señor Tecumseh Carson?

Una sonrisa burlona aleteó en la expresión de Warner.

-La retiraría.

-¿Y el señor juez concedería una prórroga del juicio de un año de duración?

-Si el teniente Mayflower, encargado del caso, no opone inconvenientes del orden policial, sí la concedería.

-Teniente Mayflower, ¿qué contesta usted a esto?

El interpelado hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

-No hallo obstáculo para que así sea -contestó.

-Establecido el acuerdo previo por parte de todos los presentes -prosiguió el abogado McLean-, solicito que el señor Larry Nweman ocupe el estrado de los testigos.

De entre las últimas filas de público se levantó un hombre joven, elegantemente vestido y de facciones correctas, que atravesó el pasillo central y fue a situarse en el estrado de los testigos. Después de prestar el juramento, el abogado McLean habló.

-El día 15 de octubre de 1959, la astronave «Levania» partió de White Sand rumbo al planeta Titán II con tres personas dentro. El mismo día, unas horas más tarde, dicha astronave regresó a su punto de partida con una persona más en su interior: el doctor Gusstimberg. Según los señores Carson y Ley, y la señorita Wallace, el doctor Gusstimberg es originario de un planeta llamado Karlah cuyos puntos de coincidencia con la Tierra no admiten lugar a dudas.

-Protesto -intervino Warner-. La astronave «Levania» pudo muy bien despegar de la Tierra con cuatro pasajeros.

-Aceptada la objeción -dijo el juez Wantrous.

-Bien -replicó McLean-; yo les voy a demostrar que el testigo señor

Nweman es un doble exacto del doctor Gusstimberg, con una diferencia de edad de veinte años. Señor Gusstimberg, ¿quiere subir al estrado de los testigos?

Gusstimberg se levantó y acudió junto a Larry Nweman. Los asombrosos parecidos físicos de ambas personas levantaron una oleada de exclamaciones de asombro entre los espectadores.

-Y esto no es todo -siguió diciendo McLean satisfecho del efecto causado en la sala-; si los señores peritos en huellas digitales y los señores médicos de la sala quieren tomarse la molestia de establecer la duplicidad de los dos señores testigos habremos dado el principal paso para esclarecer la inocencia del acusado. Solicito del señor juez un aplazamiento de un cuarto de hora para que la presentación de las pruebas definitivas sea posible.

-Concedido el aplazamiento -dijo el juez Wantrous.

Quince minutos más tarde se reanudó el juicio. Los médicos y peritos en huellas digitales confirmaron la exacta duplicidad de los testigos.

-Ahora ruego al señor Jake Ley se presente en el estrado -solicitó el abogado McLean.

Sumamente nervioso, Ley subió al estrado y prestó su juramento.

-Dígame, señor Ley -comenzó a interrogar McLean-, ¿asegura usted haber estado en un planeta llamado Karlah? ¿Lo declara bajo el juramento prestado anteriormente?

-Lo estuve.

-¿Y no es cierto también que es usted aficionado a las carreras de caballos?

-Protesto -dijo Warner-. Si me permite el tribunal, el testigo ha sido interrogado sobre un punto que nada tiene que ver con el asesinato de Silvia Shearer.

-Recuerde el señor fiscal que estamos tratando de demostrar que los cuatro pasajeros de la astronave «Levania» han viajado a través del tiempo, premisa indispensable para establecer la autenticidad del recorte periodístico.

Sonrió el juez Wantrous.

-La objeción es desechada.

-Le repito la pregunta, señor Ley -dijo McLean-: ¿no es cierto que es usted aficionado a las carreras de caballos?

-Sí.

-¿Y no es igualmente verídico que obtuvo en el planeta Karlah un catálogo editado por un hipódromo de la ciudad gemela a Nueva York?

Jake Ley extrajo un tomo de bolsillo que mostró al abogado.

-Éste es, señor McLean.

-¿Tendría la bondad de informar a la sala a partir de qué año comienza la relación de caballos ganadores?

Ley ojeó el catálogo antes de contestar.

-En el año 1939 -dijo al cabo de unos instantes.

-¿Constan en la relación los nombres y números de los caballos que intervinieron en cada carrera?

-Sí, señor.

-¿Sabe usted que hoy se celebran las pruebas hípicas más importantes del año en la ciudad de Nueva York?

-Esta misma mañana.

-¿Ha apostado usted en ellas?

-En las cinco carreras, sí señor. A los caballos cuyos números constan como ganadores en el catálogo.

-¿Tiene usted la seguridad de acertar?

-Todo cuanto acontezca ha ocurrido ya en el planeta Karlah.

-Nada más, señor Ley -finalizó el abogado defensor-. Antes de marcharse deposite en la mesa de las pruebas los boletos de las carreras y el catálogo.

Jake Ley respiró aliviado. Tras seguir las instrucciones del abogado volvió a su sitio.

McLean se giró hacia el juez Wantrous.

-¿Me permite su señoría que solicite una llamada telefónica con el hipódromo de Nueva York para que nos comuniquen con la mayor rapidez los resultados de las carreras?

El fiscal Warner fue a intervenir pero el juez se le anticipó.

-Concedida la autorización -dijo.

Finalizada la conferencia, McLean requirió la presencia del doctor Gardner, especialista en cáncer, adjunto a la policía metropolitana.

-¿Sería tan amable, doctor Gardner, de exponer el dictamen médico obtenido sobre la persona de Aida Wallace? Para no hacer excesivamente larga la exposición, le ruego se atenga nada más a la mejoría experimentada

por la señorita Wallace en el término de una semana.

Gardner tosió un par de veces antes de hablar.

-El estudio clínico efectuado por los doctores Simpson y Lewis revela que la señorita Wallace padecía de un cáncer de pulmón en estado avanzadísimo, a resultas del cual no podría sobrevivir más allá de unos meses. Un examen posterior realizado por mí me permite asegurar irrefutablemente que un tercio de las células cancerígenas ha desaparecido. Científicamente hablando, la mejoría de la señorita Wallace no puede obedecer a ninguna causa natural conocida. Dicho en otros términos, las células cancerígenas han sido destruidas por medio de un tratamiento que la ciencia médica actual ignora.

-Muchas gracias, doctor Gardner. No le necesito más por el momento.

Sonó el teléfono de la mesa de McLean.

El abogado hizo un gesto al fiscal Warner.

-¿Tendría la bondad de contestar usted mismo a la llamada? Es mi deseo que sea usted el que reciba el informe del hipódromo de Nueva York.

Warner se levantó de mala gana y descolgó el teléfono. Mientras escuchaba al invisible interlocutor fue tomando notas en un block.

Cuando concluyó hizo entrega al juez de la garrapateada hoja. McLean hizo lo propio con los boletos de Jake Ley.

Tras un examen comparativo, el juez Wantrous dejó entrever su asombro. La nota y los boletos pasaron de mano en mano por todos los miembros del tribunal.

-Es usted un hombre afortunado, señor Ley -dijo su señoría sonriendo-. Acaba de ganar setenta y cinco mil dólares.

McLean se volvió a la sala con una expresión de triunfo en sus facciones.

-A la vista de estas pruebas concluyentes, solicito nuevamente del tribunal el aplazamiento de la causa.

-¡Alto! -exclamó un individuo de unos cuarenta años, excesivamente atildado, de cabellos grises y cuadrado mentón. Se había puesto en pie detrás de la primera fila asignada al público-. No es necesario el aplazamiento. Yo maté a Silvia Shearer.

- * *

-Yo sabía que Lewis Flanagan confesaría más tarde o más temprano -

dijo Tecumseh Carson-. Era un hombre marcado de antemano y prefirió ahorrarse el suplicio de estar un año aguardando a que la policía le descubriera.

Aida le miró sonriente.

-El abogado McLean se ha hecho célebre con tu defensa. Ahí es nada intervenir en una causa relacionada con los habitantes de otro planeta. De ahora en adelante, los códigos habrán de ser sometidos a importantes rectificaciones.

Carson desvió su atención hacia un tramo resbaladizo de la carretera reduciendo la velocidad del automóvil que conducía. Después de cambiar señales con un vehículo que se aproximaba en dirección contraria miró de reojo a su hermosa acompañante.

-Para todos ha sido una provechosa experiencia -declaró-. Jake Ley aumentará su fortuna cuanto le apetezca apostando en las carreras de caballos; tú sólo tienes que aguardar al año entrante para que el descubrimiento de los rayos «wagma» decida tu definitiva curación; del doctor Gusstimberg no digamos; sus conocimientos, veinte años adelantados sobre los de sus colegas terrestres, le situarán en el primer plano de la medicina mundial.

-¿Y tú? -interrogó Aiaa.

-Yo he tenido ocasión de enamorarme de la mujer más adorable del Universo. ¿Te parece poco?

Aida le besó en la mejilla.

-Te quiero con toda mi alma, Tecumseh -dijo con la mayor sencillez-. Sólo lamento haberme comportado como lo hice cuando nos conocimos a bordo de la astronave. ¿Me perdonarás algún día, amor mío?

-No lo sé -bromeó Carson-. En aquella ocasión te hubiera dado de azotes.

Aida se echó a reír. Después se quedó repentinamente seria y preguntó:

-¿No te preocupa el futuro? ¿Crees que Titán II volverá a acercarse a la Tierra dentro de veinte años?

El rostro de Carson se ensombreció.

-Espero que no haga falta otra nueva intervención suya para salvar a la humanidad -contestó-. De todos modos, ocurra lo que ocurra, ya sabemos que podemos contar con el planeta errante.

Aida frunció el ceño.

-Ocurra lo que ocurra... ¿Qué idea llevas en la cabeza, Tecumseh?

-Lo sabrás dentro de una hora.

El acharolado Pontiac se adentro en el extrarradio de Chicago y enfiló por una de las avenidas que conducían al sector oeste de la ciudad.

Después de veinte minutos de sortear el intenso tráfico, Carson detuvo el coche frente a un edificio destartalado de un solo piso bastante aislado de las otras casas. No se veían luces en ella y tampoco las había en aquella calleja de los suburbios donde parecían reinar la suciedad y el abandono.

Carson consultó su reloj de pulsera.

-Son las nueve y media -dijo-. Si a las diez no he regresado, dirígete al cuartelillo de policía más próximo y denuncia que en esa casa se ha cometido un asesinato. ¿Lo harás así, querida?

Aida palideció. Sus manos se aferraron a las solapas de su prometido.

-¿Qué vas a hacer? ¿Quién hay dentro de ésa casa?

-Probablemente nadie. Tú no te preocupes; volveré sano y salvo.

EPÍLOGO

Carson cruzó la oscura calle y llegó hasta la casa. Tras un instante de reflexión golpeó con los nudillos en la puerta. Preocupado, notaba que todo el acopio de valor hecho a lo largo del viaje iba disminuyendo tan rápidamente que ya dudaba de si sería capaz de realizar su empeño. Con su mano derecha asiendo la culata del revólver, el joven sentíase empequeñecido ante la pavorosa perspectiva de enfrentarse a Kurt Kurlan. A intervalos fugaces alentaba la ilusión de que la agencia de detectives se hubiera equivocado, de que aquel Kurt Kurlan, importante hombre de ciencia que vivía allí, fuera un hombre inofensivo y ajeno a la intriga que debería desarrollarse veinte años más tarde, como repetición de la que convirtió a Karlah en un sol de tercera magnitud.

Asiendo con más fuerza el revólver volvió a golpear la puerta. Aquella llamada había sido bastante fuerte, lo bastante por lo menos para, como dice el vulgo, despertar a los muertos.

Por fin oyó a alguien al otro lado de la puerta. Carson tuvo la sensación de que había alguien, aunque en realidad no había oído nada. Estaba persuadido de que aquella puerta no se abriría de un modo natural. Era imposible imaginarla abriéndose de golpe. Chirriaba. Se movía.

La puerta se abrió un par de centímetros y Carson sólo vio unas gafas ahumadas y detrás una luz macilenta que iluminaba la vetusta antesala. Un escalofrío de horror recorrió su espina dorsal.

Las gafas se retiraron, y a continuación, la puerta se abrió lentamente. Entonces apareció un cuerpo enorme enfundado en un gabán negro y tocado con un sombrero del mismo color cuyas amplias alas sombreaban un rostro amarillento y deforme. La mano que sujetaba la puerta estaba enguantada. Era un ser diabólicamente extraño y su aspecto cuadraba a la perfección con aquel decorado lúgubre y misterioso.

Carson pareció perder el habla y lo miró estúpidamente. Luego se rehizo y habló con rapidez.

-¿Es usted Kurt Kurlan? Permítame que me presente; mi nombre es Tecumseh Carson y soy corresponsal de «New York Herald». Quisiera en nombre de mis lectores que contestara a un par de preguntas relacionadas con el planeta Titán II. Usted es un hombre de gran reputación y podría satisfacer el interés suscitado por las apariciones y desapariciones del mencionado

planeta. Sólo le entretendré un minuto.

-Pase -la voz de Kurt Kurlan sonó áspera y desagradable-. No hallará comodidades en mi casa. Ni siquiera podré servirle algo que beber.

-No se preocupe -contestó Carson imitando un aspecto jovial-. Los sabios y los periodistas somos enemigos acérrimos de la comodidad.

Kurt Kurlan le guió hasta un salón cuyas paredes se hallaban recubiertas por infinidad de estanterías conteniendo libros y revistas. Una bombilla sin foco iluminaba tristemente la estancia.

-Por lo que veo domina usted varios idiomas -dijo Carson dándole tiempo a que el otro se sentara-. Posee libros de todas las nacionalidades.

Si aquel hombre le entendió, no dio la menor muestra de ello, pues continuó inmóvil, como si le mirase desde otro mundo a través de sus gafas ahumadas. Carson sintió de pronto el deseo furioso de acribillarle a tiros. Todo preámbulo sobraba. Kurt Kurlan era el hombre que destruyó el planeta Karlah y que destruiría la Tierra. Sobraban las dudas. Sólo con apreciar la extraña forma de sus enguantadas manos era suficiente para confirmar lo que ya era una realidad.

De repente, Carson dio un paso adelante y de un manotazo despojó del sombrero a Kurt Kurlan. ¡Un cráneo recubierto por un casco metálico centelleó bajo la luz de la bombilla!

Cogido por la sorpresa, Kurt Kurlan no hizo movimiento alguno. De otro tirón, Carson le arrebató las gafas ahumadas. Instantáneamente se desplegaron dos prominencias carnosas al extremo de las cuales relucieron los respectivos ojos.

-Sus planes le han fallado -dijo Carson esgrimiendo el revólver-. La Tierra no quedará inscrita en la serie de mundos experimentales del Gran Reino del Sol X-88. Le sorprende mi perspicacia ¿verdad?

El inhumano ser retrocedió lentamente hacia la mesa central. Llevaba las manos atrás y su rostro era una máscara inescrutable.

-¡No se mueva! -ordenó Carson-. Salga delante de mí. Es usted mi prisionero.

Kurt Kurlan no obedeció. Lejos de esto, se agachó con rapidez extendiendo los brazos.

Carson disparó una y otra vez hasta agotar el cargador. Coincidiendo con la última onza de plomo salida de su revólver, una llamarada cegadora

envolvió a Kurt Kurlan reduciéndolo a cenizas.

El joven se tambaleó como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Sus pulmones no encontraron aire para respirar y después de un penoso jadeo se desplomó sin conocimiento.

- * *

Al recobrar el sentido, Carson vio, sentados cerca de su lecho, a Aida y Jake Ley. Acudieron a su lado al comprobar que parpadeaba.

-¿Cómo te encuentras, querido? -preguntó Aida con acento anhelante.

-Me duele la cabeza -respondió Carson haciendo un esfuerzo para incorporarse-. ¿Estoy herido de gravedad?

-Aida le sacó de la casa con síntomas de asfixia -declaró Jake Ley-. Ha permanecido en el pulmón de acero durante casi dos horas. ¿Qué fue lo que le ocurrió?

Carson recostó la cabeza en la almohada y reflexionó unos instantes. Después refirió su odisea con el Supremo Gran Jefe Kurt Kurlan.

-Tendrá que declararlo a la policía -dijo Ley. En su rostro estaba impreso el asombro causado por el relato de Carson-. La desaparición de Kurt Kurlan y el incendio de su casa constituyen el comentario sensacional del día.

-Te libraste de buena, Tecumseh -intervino Aida-. Cerca de donde tú estabas cuando te recogí había un dispositivo electrónico conectado con un artefacto nuclear que, de haber estallado hubiera representado la destrucción de medio Chicago. Sin duda, tus disparos impidieron a Kurt Kurlan manipularlo.

-Esa debió ser su idea cuando retrocedió hacia la mesa -confirmó Carson-. Al no tener tiempo para ejecutar la criminal acción, Kurt Kurlan decidió autodestruirse. Vi la llamarada, pero no pude escapar a los gases venenosos que originó.

-Aida también sufrió los efectos de dichos gases -dijo Ley-; sin embargo tuvo la suficiente presencia de ánimo para abstenerse de respirar mientras te sacaba al exterior.

-Te debo la vida, pues -Carson la miró admirativamente-. Acepta de todo corazón mi agradecimiento. Inútil es que te diga que jamás lo olvidaré.

-Tampoco la Humanidad olvidará que tú la salvaste de perecer en el año 1979 -contestó Aida devolviéndole la mirada de admiración-. Tú fuiste el único que comprendió que el planeta errante era el enviado de la providencia.

Y el mundo lo debe saber muy pronto, mañana mismo... si no es mejor todavía hoy.

FIN

El fabuloso autoplaneta «Valera» rinde viaje en el Reino del Sol, disponiéndose a combatir a las alucinantes criaturas de Titanio que tiempo ha expulsaron de aquel planeta a la raza terrícola.

Inesperadamente «Valera» se encuentra con una flota de autoplanetas redentores que acaban de llegar para llevar a cabo sus propósitos de venganza.

REGRESO A LA PATRIA

Por

GEORGE H. WHITE

Es un eslabón más en la apasionante historia de una raza de caudillos vinculados estrechamente a las heroicas gestas del invencible autoplaneta «Valera».

Presentada por la EDITORIAL VALENCIANA aparecerá en el próximo número de la

Colección

Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA. *Precio:* **6** *pesetas.*